

todo lo que dá leche. Ultimamente, *debe pertenecer al género humano*; por cuanto perfecciona y adelanta mas que las instituciones libres. Al opinar así desechamos las dudas de los autores que han sospechado ver en el *Ejecutor* analogías con el toro, el mono y el ganso, fundándose en estos tres caracteres: 1.º cuatro buches ó estómagos como los ruminantes, cual lo persuade su voraz afición á engullirse cuanto encuentra: 2.º agilidad de pulgares como los cuadrumanos: y 3.º que abarca mas que si tuviera membranas entre los dedos como los anfibios.

PROCEDENCIA.

El *Ejecutor* hombre nace y se cria en los pueblos, se avecina despues en las capitales, y vuelve contra la tierra que le sirvió de cuna, viejo, gruñon y avaro. Emplea en beneficio de los habitantes de las ciudades la lozania de su juventud y la entereza de su adolescencia; para los lugareños son las suciedades de la infancia y los achaques de la decrepitud. Amamántanle los labriegos cuando es desvalido y huérfano; pero en llegando él á vivir por sí corresponde á los beneficios obligándolos á que le mantengan por fuerza, á que sostengan su holganza y sus vicios. Ni mas ni menos hace que los malos diputados de la nacion: los pueblos los forman y los elevan á la corte, y allí se convierten en padrastrós de la patria, con olvido ó prescindimiento de su origen.

El *Ejecutor* juez es un vicario ambulante de la autoridad estacionada, ó un destacamento movilizado del ejército financiero. Procede de varias causas ocasionales y eficientes; pero siempre toma como el agua el color y el sabor de las sustancias que toca. Pasan de ciento los motivos y pretextos que suelen tener los mandarines para enviar un apremio á los pueblos; porque esceden de este número las contribuciones, gabelas, tributos, impuestos, derramas, exacciones y arbitrios con que los españoles juegan á la hacienda; y porque no embargante lo decretado en las córtés de Alcalá de Henares, y contra lo mandado en la Instruccion de 1816, y en otras infinitas anteriores y subsiguientes, y á pesar de los clamores de celosos economistas, es costumbre que se mantengan los innumerables martirizantes de los que sufren y pagan, que eran cincuenta mil (los ejecutores) en tiempo de Jacinto Alcázar, y hoy han subido mas que las listas electorales. Los que tienen facultad de crear estos emisarios fatídicos son:

- 1.º Los intendentes de rentas de las provincias.
- 2.º Los fomentadores gefes políticos.
- 3.º Las protectoras diputaciones provinciales.

Ademas gozan del derecho de iniciativa para reclamar la aplicacion de tales ventosas.

- 1.º Los administradores de los partidos.
- 2.º Los comisionados de amortizacion.
- 3.º El arrendador del aguardiente.
- 4.º Los rectores de las casas de espósitos.
- 5.º Los jueces de primera instancia por los presos pobres.

Y siendo tantos los que producen y reproducen Ejecutores, solo tienen precision de aguantarlos los contribuyentes, y nadie mas.

La jurisdiccion privativa de hacienda es una monstruosidad inicua, reconocida hace siglos, y por siglos sostenida. Las córtés de 1348 dispusieron que «el oficial que obiere parte en la renta non fuere juzgador de ella;» pero váyales V. á los hacendistas con acuerdos de córtés y con presupuestos. En el contrato bilateral que ellos celebran con el ciudadano, se obligan á dar de palos, porque el otro dé las pesetas. En el litis que siguen con el deudor, ellos son juez y parte; la otra parte siempre es reo. El demandante ordena, juzga, falla, multa, exige y percibe; el demandado no tiene que hacer otra cosa si no pagar principal y costas. El *Ejecutor*, agente del poder

financiero, del gobierno económico político, de la soberania asoldada, toma por sí cuanto estima necesario para hacer efectivos los sueldos de sus principales, y el que le atañe por ende, por mas que así no sueñe. Se dice que sin recursos no puede gobernarse; que sin gobierno no hay sociedad posible, y que todos deben dar medios al que manda para que mantenga al país en paz y justicia: y entre tanto pululan los ladrones si no les estingue el contribuyente, y para alcanzar la razon se necesita sobre tenerla de sobra, tener muchas medallas y saberlas gastar.

ANALOGIAS Y DIFERENCIAS.

En España hay muchos moscones de la especie del *Ejecutor*, pesados, estrujantes, incómodos y costosos, y hemos de señalar los rasgos que los distinguen y los que constituyen la semejanza.

Al *veredero* se parece en que ambos llevan mandamientos de pueblo en pueblo y ambos cuentan carros; pero difieren en que el *Ejecutor* es autoridad delegada, y el *veredero* un peanton ó propio horro, y en que aquel goza crecido salario y este se suele contentar con dos pesetas.

Seméjense al *planton* en que uno y otro apremian á los presumidos deudores; mas el *Ejecutor* no siempre es militar, y mientras aquel pinza con la bayoneta este pincha con autos, notificaciones, trabas y requerimientos.

Del *centinela de vista* solo se diferencia en que obra como juez, y en que no está siempre encima del paciente, y casi la propia variedad presente (salvo el fuero de guerra) con el *alguacil de apremio*.

Tiene bastante analogia con el *juez de residencia*, porque viene á fiscalizar á las justicias, pidiéndoles cuenta de sus actos; pero el *Ejecutor* solo repara en actos económicos que versan sobre guarismos, solo quiere dinero, y mas que los alcaldes hayan azotado á un cristo.

La misma semejanza y diferencias pueden establecerse entre el *Ejecutor* y el *pesquisidor*, á mas de la consonancia: este indaga delitos ocultos; aquel reclama descubiertos: este busca reos aquel reales.

Finalmente, guarda analogia, por lo que afecta los intereses pecuniarios, con el *r partidor* que receta para que él cure y aplique; con el *recaudador*, *cobrador* y *cogedor* de Tributos, aunque estos piden solo lo corriente y sin creces, y el *Ejecutor* busca hasta los atrasos de Felipe V, con los ribetes de costumbre, que con frecuencia duplican y triplican la verdadera deuda.

Los aldeanos están muy duchos en apreciar á la simple vista estas varias castas de pájaros. Apénas ven acercarse un forastero, por el traje, por la calbaldadura, por el olor conocen si es *Ejecutor* ó cosa semejante. ¡Oh! los azotes hacen aprender demasiado.

CUALIDADES.

Para ser un *Ejecutor* de provecho se requieren como indispensables estos precedentes.

- 1.º Tener rostro sereno, color que no pierda, ni se altere por cosa de este mundo.
- 2.º Estar apurado de medios de fortuna, ó se andar á tres menos cuartillo.
- 3.º Aborrecer el trabajo corporal, ya por ser hidalgo pelon, ya por haber vuelto duro de coyunturas del servicio militar, ya por haber perdido las riquezas heredadas en la holganza y el despilfarro, ya por defecto físico de mar quéz, cojera, giba ó constitucion endeble, ya en fin por natural aversion á cumplir la condena de nuestros primeros padres.
- 4.º Ser casado, y con mujer agraciada.
- 5.º Saber firmar se requiere por lo comun, aunque no es absolutamente preciso.

No hay ley, real órden, ni reglamento que estas

cualidades exija en los ejecutores; pero las ha sancionado la experiencia, y forman un código consuetudinario, mas observado que la constitucion de 1837.

¿Qué valdria un *Ejecutor* sin pachorra y frescura suliciente, que á las primeras de cambio se avergonzara de los denuestos del apremiado, de las injurias de la familia que persigue, y de los insultos del pueblo en que mora? Su deber es hacerse el sordo, tener cara de baqueta, alma de caballo y corazon de perdnal, rebuscar, embargar, vender y cobrar.

¿Qué persona acomodada y con medios propios se espondria á los azares y sinsabores de la vida que arastra el *Ejecutor*? Preciso es que la necesidad apremiante le estimule á ser codicioso, á ver impasible los males ajenos, á pasar por toda trueque de ganar sin trabajo, á mostrarse cruel con los desgraciados, y hasta á gozarse en la destruccion que á él le fomenta.

¿Quién que tenga horror á la ociosidad, que estime ganar su vida honradamente, ha de acomodarse al oficio de paseante en aldea y de holgazan eterno? y el que goce de robustez corporal y tenga sanos sus miembros, ¿cómo no ha de preferir ocupaciones decorosas y pacificas al vilipendiado ejercicio de azote de los pueblos y verdugo de los deudores? Solo un lisiado, que dificilmente halla ocupacion que bien le cuadre, puede arriesgar la pérdida de lo que conserva sano, metiéndose en los enredos de un lugar.

Por último, ¿quién sin el apoyo de una compañera se iria por esos pueblos, abandonando su casa y sus agencias de la capital? y si esa necesaria mitad no tiene aquel para ganarse la benevolencia de los desalmados oficinistas, ¿qué valdrian los ruegos de un barbon celibatarío y pobre?

Véanse pues justificadas por la observacion y por el uso las condiciones mas precisas del que haya de ser *Ejecutor* en regla: los que no las tienen jamás pasarán de la categoría de zurupetos de *Ejecutores* de capa y espada, ó de ciento en boca.

VENTAJAS.

Maldita la que reportan los ejecutados ni la sociedad de este sistema vandálico de recaudacion; el ejecutante las tiene muy grandes. En primer lugar, como el oficio no es incompatible ni imprime carácter, el *Ejecutor* reúne otras varias profesiones; y aun siendo *Ejecutor* mero no está atendido á un solo despacho. Si logra tener mano ó piernas con los empleados saca á la vez dos ó tres mandamientos para pueblos contiguos; los presenta respectivamente; y cobra dietas en todos á un mismo tiempo, á pesar de las leyes sobre duplicidad de sueldos y de beneficios. Si la amalgama se hiciese distribuyendo á prorata el haber del *Ejecutor* entre los diferentes deudores, nada mas racional; pero como en nuestro pais todo va á la diablo, cobra dietas enteras en cada parte, y goza él solo lo que podia sustentar otras familias de la profesion.

De otra regalia se aprovecha cuando trae dias marcados para su comision, veinte por ejemplo. Toma el cumplimiento del alcalde, se presenta al deudor, se ajusta con él por diez ó quince salarios, segun la blandura ó dureza del paciente, y al segundo dia se marcha á su casa ó donde le conviene, con el bolso tan repleto como si hubiera pasado el tiempo, y estuviera donde le enviaron. Otras veces que no puede celebrar contrata alzada, hace las ausencias que quiere sin decir oste ni moste, vuelve y se vuelve á marchar, y la renta sigue como si tal cosa. Entretanto se ocupa en otros negocios de lucro, y cuando no se divierte recorriendo casas de parientes y compadres, echando el ojo á los negocios que penden en los pue-

blos, para pedir nuevos despachos, cuando los que obtiene concluyan.

En ocasiones hace contratos mas ventajosos para él, que lisongan al deudor por el momento. Dicele sin ambages: «Usted no me ha de pagar el descubier-to en dos meses; durante este periodo adquiero contra sus bienes un crédito de sesenta ó setenta duros; deme V. un par de onzas, y me largo, cubriendo el expediente con la tercería de la mujer, y poniendo diligencia de que no se le conocen bienes al deudor.» Este método tan perjudicial para la hacienda pública no libra al que dió las dos onzas de posteriores apremios sobre si tiene ó no tiene, sobre si ha de pagar él ó los compañeros de concejo, ó sobre si ha de ir mas adelante la rebusca hasta los electores que nombraron el tal ayuntamiento. Pero al *Ejecutor* que en dos dias atrapó 640 reales de pico, le importa un bledo que á los capitulares, á sus nominadores y al vecindario entero se los lleve Satanás.

Olvidábase la principal ventaja; pues aunque no parezca tal en lo económico, es el fundamento de todas las utilidades materiales del *Ejecutor*. Cuando sale á sus correrías queda la costilla recomendada á persona de categoría, que la ayuda en sus necesidades, la protege en sus apuros, y le sirve de escudo y amparo. Seguro puede estar el marido de que nada le falta á su consorte, y de que cuando acabe la comision habrá aquella grangeado otra y otras, que incesantemente le ocupen fuera de casa. Y si es sobre agraciada lista... sorbe el seso á los empleados, tiene vara alta en tesorería y administracion, y hasta lleva la pluma al oficial del negociado.

QUIEBRAS DEL OFICIO.

¿Cuál no las tiene en esta pícara bola en que rodamos? En sus intereses, en su familia y en su persona sufre el *Ejecutor* quebrantos y embates.

Empiecen mis lectores por hacerse cargo de lo que les cuesta el asegurar que no le falte trabajo. Los empleados de la intendencia que se le proporcionan, algo han de merecer por preferirle á tantos otros que con necesidad y recomendaciones solicitan. Pues una de dos, ó le cuesta al *Ejecutor* esta primacia el partir con el oficial los derechos, ó que vaya á la parte en el alzamiento de cargas matrimoniales. En el primer caso gana para que otro lo luzca; en el segundo luce su mujer mas que él gana; y si de un modo pierde intereses, de otro suele esponer honra y provecho. Que no divida la presa con el protector, ó que en ella haga la coqueta, y á Dios mi dinero; queda apeado, como si hubiera sucedido una crisis ministerial, ó elecciones generales de diputados.

Otra quiebra experimenta cuando por equivocacion del oficial de la mesa, ó por los embrollos de la contabilidad, ó por malicia reinada va encargado de pedir lo que ya se pagó: lo cual no es muy raro en nuestras oficinas de hacienda. Entónces si da con un alcalde de humos y de chola, le niega el cumplimiento, y le envia con cajas destempladas y sin pagarle una blanca á que desande el camino que tan torcido trajo. Esto á mas de decirle mil pestes de los empleados, que no saben lo que tienen entre manos y que pasan las horas fumando y leyendo periódicos. ¡Friolera es lo que sirven estos trastrueques de los hacendistas para envalentonar á los contribuyentes agobiados! De cada uno de estos lances se hace platillo de conversacion con naturales y forasteros, y tal vez se pone un comunicado en el *Eco del Comercio* diciendo que los tales empleados son unos holgazanes ignorantes, ó unos bribones que andan á ver si se pierden con el tiempo las cartas de pago, para volver á cobrar y meterse en el bolsillo. El hecho es que de escarmientos semejantes cuidan tanto los ex-alcaldes los documentos de resguardo, que primero darán un ojo de la cara

que un recibo de contribuciones, y lo guardan hijos de padres, y nietos de abuelos, porque al cabo de dos generaciones suele reclamarse lo que se pagó en tiempo del rey Marica.

Pero la contra mayor de los Ejecutores está en lo que contra sus humanidades se conspira. No hablemos de que los lugareños los apodan y maldicen en sus barbas, los insultan y hacen el objeto de escarnio: el peligro de que pasen á las vías de hecho es tan inminente, que el Ejecutor no sale de la posada en anocheciendo, ni pasea por los parajes estraviados. ¡Aun andando con la mosca á la oreja y sobre aviso le suceden lances tan graves, que otro no sufriria por todo el oro que suma la deuda de España! Por via de broma le envuelven un día entre la paja de las eras; otro le mantean, ó le zambullen en el pilon; ya le montan á pelo en un burro picado; ora le sacuden el polvo detras de una esquina ó le apedrean por encima de una barda.

Pues échese V. á pensar que la justicia es un tanto travieso, ó los perseguidos desalmados, ó el objeto de la comision antipopular, y que se proponen deshacerse del Ejecutor con una diablura. Este punto merece un aparte, y que se refieran algunos casos originales acaecidos en pueblos, que no nos dejarán mentir.

El tio Juan Camándulas era un ejecutor báquico, que le gustaba codear hasta aplanarse. Los vecinos del lugar que molestaba, apenas le conocieron su flaqueza, le convidaron obsequiosos á una bodega, donde despues de haberle hecho un cuero y completamente averiado por la parte superior, cargaron una culebrina embólica y por la parte postrera le suministraron multitud de ayudas del mismo licor, hasta que pusieron en accion desordenada todas las vías ordinarias y reservadas. No murió de esta terrible prueba de capacidad; pero luego que pudo enderezarse y conocer su posicion, tomó las de Villadiego, sin acordarse de recoger el despacho ni de cobrar los salarios, y el pueblo quedó libre de Ejecutores por mucho tiempo.

Don Judas Azufaias, comisionado en un lugar de la Mancha, era pacato, medroso y crédulo, cualidades de perdicion para un hombre de su oficio. Los apremiados se prevalieron de estas debilidades. En el meson donde se hospedó entraron dos ó tres, fingiéndose forasteros que venían de viaje, y de acuerdo con el posadero usaron la siguiente estratagema. Llegó al anochecer con campanilla plañidera uno que pedia limosna por el que iban á ajusticiar al dia siguiente. Uno de los supuestos caminantes dió algunos cuartos para alivio del alma del que habían de ahorcar, y preguntó al demandante, oyéndolo el Ejecutor, quien era el pobre por quien pedia y que delito le llevaba al cadalso; á lo que respondió, que el reo era un Ejecutor que con papeles falsos venia á perder al pueblo. Disimuló don Judas por el pronto, mas apenas vió ocasion favorable salió del lugar aquella noche y jamás supieron de su paradero.

De estos y como estos han sucedido tantos lances, que se necesitaria para referirlos una fábrica de papel continuo; y no queremos exponernos á que se tenga este artículo por arte de perseguir Ejecutores, y tengamos desgracias á cargo. Baste para concluir la reseña de desgracias las que toman origen de las circunstancias políticas.

Segun el viento que reina es harto comun mover al Ejecutor un caramillo que le envuelva en una causa criminal. Vaya una muestra de las fechas, y de los pretestos.

1814. Que bebiendo en la taberna dijo elogios del rey José y de su hermano el emperador.

1815. Que habló contra los jesuitas y la inquisicion.

1824. Que dió noticias favorables de los feotas.

1824. Que alabó la Niña bonita, mofándose de S. M. y sus aliados.

1835. Que gritó viva Carlos V.

1843. Que esparce las caricaturas de Guindilla y de la Posdata contra el primer magistrado de la nacion.

Por supuesto que el buen comisionado es ministerial de quien ministra y partidario de quien vence; y aunque no ha soñado en el disparate que le acumulan como lo meten en chirona, y sobran testigos que declaren haberle oido decir lo que no dijo, teme una mala vuelta y ansia salir del compromiso. Déjanle co-



El Ejecutor.

mo al descuido entornada la puerta de la cárcel, él se apresura á huir, y ellos le hacen puente de planta, seguros de que ni este ni otro de la profesion se atreve á volver mientras dure la fama del hecho.

¿Y todavia hay Ejecutores? Si, pupulan por todas partes como la mala yerba, porque el interés y la codicia en nada reparan. Hay Ejecutores, como hay comerciantes avaros que se arrojan al mar embravecido; como hay mineros que vivos se sepulten en las cavidades de la tierra; como hay areonautas que asalten el cielo; como hay ministros de todas las situaciones, por apedreadas y silbadas que sean. Y habrá Ejecutores mientras los pueblos deban: y deberán interin

que les pidan mas que pueden: y pedirán mucho mientras mucho se gaste: y gastaráse mas cada dia que crezca la inmoralidad: y crecerá en tanto que el gobierno sea injusto: y lo será mientras el pueblo lo consienta: y lo aguantará interin los hombres pobres sean tan pobres hombres; es decir, por los siglos de los siglos.

FERMIN CABALLERO.

EL CALESERO.

Ni en versos hábil, ni en la prosa ducho
¿cómo dejar la gente satisfecha?
Juzgo que de la cruz hasta la fecha
yerro si de otros el consejo escucho.
¿Echo á cara ó á cruz? — Arriba, ¡chucho!
¿Cruz? Bien está; me luzco de esta hecha:
de mis versos acudo á la cosecha
que como es fruto malo abunda mucho.
Yo bien conozco, y lo diré de paso,
que me hundieran con pullas maliciosas
si acá volvieran Lope y Garcilaso;
Mas oidlas que cuento varias cosas.
y lo que es de la forma no hagais caso
que allá se van mis versos y mis prosas.

¡Uste! que es tarde y llueve, no mas prólogo
que no consiente fárrago el opúsculo,
como esos grandes, eternos cánticos
que otros entonan con acento impúdico
ya celebrando en las doncellas cándidas,
la ardiente faz y los luceros fúlgidos,
ya revelando con pasión carnívora
la intensa llama de su amor sulfúrico.
Tampoco ha de quejarse el arte métrica
de preferencias, que si en rancio púlpito
lo mismo en poesía que en política
las predicán apóstoles estúpidos;
hostil yo siempre á las chocheas clásicas,
aunque sepa que en esto soy el único,
daré á todo reglista sistemático,
tajo va y tajo viene sin escrúpulos.
¿Por qué solo de reyes y de príncipes
digna la octava ser? ¿Por qué su número
de versos y de acentos y de sílabas
no cuadran bien al Calesero rústico?
Todos somos iguales; fuera fórmulas!
quiero de metros hacinar un cúmulo,
que viene bien en pasatiempos líricos
de compases variar como los músicos,
Desde el alejandrino, casi el máximum,
hasta el verso unisílabo mas súbito;
de la alta octava á la plebeya décima,
la seguidilla ruin... todos por último
sirven á quien se ríe de la cháchara
de severos censores energúmenos.
Y pues me va cansando el son monótono
mas propio que de jácaras de túmulos,
basta ya de romance endecasílabo
otra decoracion, no mas esdrújulo.

De trocar la tonadilla
la facultad concededme
ya que melosa y sencilla
se presenta la quiatilla
que está diciendo: comedme.

Tres metros se han ensayado
con este que empiezo juuto

y ni siquiera en un punto
con la cuestion he tocado
conque... vamos al asunto.

Como sabeis, caballeros,
que sin principios no hay fines
debeis cual yo convencers
que no hubiera Caleseros
sino hubiera calesines.

Y así mi pluma traviesa
(válgame Dios cuanto ripio)
sabe bien que la interesa
empezar por el principio
es decir, por la calesa.

Del carruage es escusado
encomiar la utilidad
y es prodigio bien mirado
cuanto en esto ha adelantado
la humana comodidad.

Entre la gran parentela
que preserva de los barros
y frios, si llueve ó hiela,
descuella la CARRETELA
que es la reina de los carros.

Sigue en lujo perlínaz
á invencion tan peregrina
el COCHE, guerrero asaz,
que aunque el tiempo esté de paz
jamás sin armas camina.

Para la gente elegante
está el TILBURI bizarro
tan veloz como flamante,
que mas parece que carro
una luneta ambulante.

A estos sencillo y ameno
sigue el BOMBÉ correton
que, consúmame un veneno
sino fué el tal invencion
de Hipócrates ó Galeno.

Como hay vagos infinitos;
para esta gente holgazana
hay OMNIBUS pintaditos
que hacen por Madrid pinitos
muriéndose de galvana.

Hay otro coche ramplon
que dá al que le monta esplin,
y por servir de alquilon
aunque sea de Fermin
siempre le llaman SIMON.

De transporte hay por mayor.
La DILIGENCIA responda,
que es cuádruple conductor
con su *cupé*, su *interior*,
su *berlina* y su *rotonda*.

Dos mil TARTANAS se ven
invadir las carreteras
donde hay GALERAS tambien
que supo lo que hizo bien
el que las llamó *galeras*.

Y si es mejor ir á pata
que no en la galera ingrata,
tampoco da muy buen rato
su marido el CARRO-MATO
es decir, carro que mata.

Esas gentes que á rabiarse
están en viéndose quietas
habrán visto al viajar
una tras otra chillar
veinte, ciento y mil CARRETAS.

Y ese funesto chillido
que no es la voz de Rubini
vale mas, bien entendido,
que haber en Madrid olido
los carros de SABATINI.

Mas hablo á troches y moches
de carros y ya me pesa.

Lector, aunque lo reproches,
¡no mas carros! ¡fuera coches!
donde campe mi CALESA.

Y lea versos ó prosa
para averiguar un hombre
con eficacia estudiosa
por qué la dieron el nombre
de calesa y no otra cosa.

Yo las razones no doy
que es mi ciencia reducida
y bien estoy como estoy,
ni etimologista soy
ni pienso serlo en mi vida.

Mas si mi cholla no yerra,
la razon que aquí se aguza,
es la razon que se encierra,
en llamar tierra á la tierra
y á la merluza, merluza.

La quintilla castellana
está visto, no se presta.
Creo mas propio el romance
para describir calesas;
que es metro muy español
y tambien hay quien apuesta



El Calesero.

que la Calesa es la nata
de los carros de mi tierra.

Bien pudiera describirla
con todas las voces técnicas
de convexidad y sólidos
base... rádio... paralelas...

Pero es mas claro y mas breve
suponer que se asemeja
á una sartén con dos mangos
tumbada sobre dos ruedas.

Engalanada por dentro
con talco, borlas y seda
que está diciendo: manolos,
viva la sal madrileña.

Sobre un cajón el asiento
donde meten la merienda
que parece contrabando
por lo oculto que se encuentra.

Y hacerle contrabandista
no es calumnia, ó muchos pecan;
porque muchos aseguran
que el cajón contrabandea.

Enrollada inútilmente
tosca cortinilla ostenta
que aunque á su altar suben ángeles
nunca gustan de tinieblas.

Pintada por el respaldo
no ha de faltar sandunguera
puesta en jarras una dama
de las que la liga enseñan;

O un torero echando suertes,
ó un gaché con su viluela
y una pareja bailando
las seguidillas boleras.

Si es caballo el que la tira
suele ser de aquellas piezas

que aunque se las coja en caza
tienen espinas de pesca.

Matada está siendo mula
y no extrañeis que aun se tenga
porque hay diferencia y grande
de estar matada á estar muerta.

Pero carne ó bacalao
matadas ó no las bestias,
cuando ellas quieren no ceden
á postas y diligencias:

Que la voz del Calesero
¡huy! ¡zagala... coronela!
torna sus patas de galgo
y de avispa sus orejas.

Y aquí mismo la pintura
del Calesero comienza
cuyo parecido acaso
de mucha verdad carezca.

¿Mas que ha de ser el bosquejo
si para hacerle no prestan
su inspiracion los Madrazos
y sus pinceles Alenza?

El traje del Calesero
no es tan rico que se pueda
comparar al de los siervos
que guian las carretelas:

Ni alcanza al de los cocheros
ni al de los lacayos llega
Y hasta al *Simon* muchas veces
cede en rango y apariencias;

Mas si el de aquellos el signo
de vil servidumbre lleva
el del Calesero grita
¡que viva la independencia!

Calzado todo español
pues sabe que en su faena
zapato ruso ó inglés
vale poco y mucho cuesta.

Buen pantalon de ancha trampa
con botones á docenas
á veces de plata todos,
y otras de cobre ó de suela.

Faja limpia y bien ceñida
chaleco de pana verda (1)
por corbatin un pañuelo
que le sirve de chorreras.

Suele echarse una zamarra
entre otoño y primavera,
y de primavera á otoño
sencillamente chaqueta

U otra mejor de alamares
que parece cuando nueva
un poco mas que manola
y algo menos que torera

El sombrero calañés
ajustado á la cabeza,
que aunque es ave de ala corta
con poco viento se vuela.

Látigo pegado á un fresno,
de larga y tejida cuerda
que mas le duele al caballo
que el peso de la calesa.

Y para acabar en fin,
pondré en su boca entreabierta
un mal puro con mas humos
que doscientas chimeneas.

La Calesa y Calesero
yo diré como se emplean
pero esto es cosa de octavas;
ahí tiene V. la primera.

No de inquirir lo ageno soy amigo
pues atrevido preguntar pensaba

(1) Se dice verde, pero el asonante se empeñó en que habia
de ser verda.

si para no dar creces al hombligo
mi lector apreciable frecuentaba
por la *Plaza Mayor*... pero ¿qué digo?
de la Constitucion, no me acordaba
y la *Plazuela de Descalzas Reales*
miento, de las Descalzas Nacionales.

Estos y otros lugares concurridos
al lector de Madrid no estoy ageno
de que le deben ser bien conocidos;
y en este caso suponer es bueno
que le habrán abrumado los oídos
una y mil veces al cruzar sereno
así con cierta tentacion traviesa:
«*mi amo*, ¿quiere usted un coche, una calesa?»

Y tú, lector «aprecio su bagaje»
contestado le habrás, si bien recuerdas;
y él ha instado y tú has vuelto con coraje
un *no*, *repito*, á sus palabras lerdas:
ya porque te hace daño el carruaje,
ya porque quieres estirar las cuerdas,
ó porque no hay un real que es poca cosa;
pero es una razon muy poderosa.

Mas despues del que *nones* le responda
supondremos que ha habido caballero
que ha querido dar vuelta á la redonda
por varios pueblos y volver lijero:
ó ver el rio, ó visitar la ronda,
y este le ha contestado al Calesero:
seguramente que el andar me empacha
ponga V. pronto la calesa en facha.

Ajusta, da un real mas para tabaco
y el Calesero exclama ¡arriba plomo!
quita la manta al enlutado jaco,
le tienta el rabo, le sacude el lomo
y monta y dice: aunque me valga un saco
de oro, no doy la bestia que yo domo.
¿Qué puerta? verá V., nada la agobia.
¿Bilbao, Toledo, ó Alcalá ó Segovia?

El otro elije sin intriga y guerra
que en esta parte concederle quiero
derecho electoral, pues en mi tierra
cualquiera es elector por el dinero.
Y aun mas hondo misterio aquí se encierra:
el elector mas mudo y majadero
vale por cuatrocientos bien seguros,
con tal que tenga cuatrocientos duros.

Pero esto no es del caso, lo del caso
es emprimir al tonto en el ajuste,
y el Calesero por salir del paso
mete una bola que parece embuste.
«Jamás nos queda para echar un vaso,
dice: puede V. darme lo que guste:
soy criado y el amo en lo que saca
nunca me dice *toma*, y siempre *daca*».

Y ya vé V. lo que ganar podria
si un hombre no tuviera su concencia
mas yo no tuerzo la concencia mia.»
Y á juzgar por la cándida apariencia
cualquiera por el tal responderia:
pero sabe á bien poco su infidencia
quien vá con él, aunque tenaz se alabe,
y el amo, en mi opinion, tambien lo sabe.

Mas el que dice cuando entrega impio
de carro y mulas el jornal ganado,
que fué cargado y que volvió vacío,
cuando vino tal vez doble cargado:
quien dice: ahí van tres duros, amo mio,
quedándose con dos que ha reservado
despues del puro y de la atroz carpanta,
el mandamiento sétimo quebranta.

Y es de observar al Calesero pillo
con un cuidado que á maldad trasciende
cada vez que se acerca un ventorrillo
exclamar: ¡qué tabaco aquí se vende!
¡y qué vino, es un bálsamo! — Y sencillo

quien va con él si la indirecta entiende,
dice : pues pida V. y háganos daño
mas saquemos la tripa de mal año.

¡ Y qué bien huele ! que estarán calculo
haciendo de comer á sartenedas ;
añade , y con talento y disimulo
torna hambrientas sus gentes desganadas.
El díz que se chulea y que es un chulo ,
y que está con furor por las chuladas
mas dá demostraciones muy completas
de que está mucho mas por las chuletas.

En los caminos su elocuencia brilla
luciendo de geógrafo su ciencia.
Tiene pueblo por pueblo en la cartilla ,
(y pinta á los que escuchan con paciencia)
todas las carreteras de Castilla
de Galicia , de Cádiz y Valencia ;
y si los que oyen ignorantes son
habla hasta de Turquía y del Japon.

Sabe medir á palmos el terreno
bien que por esperiencia y por instinto
le hiciese Cristo , de impiedad ageno ,
inclinado á lo blanco y á lo tinto ;
Y como suele consumirlo bueno
en el que llaman parador de Pinto ;
aunque camine por Zamora ó Toro
siempre se halla entre Pinto y Valdemoro.

Puertas recorre y rondas y paseos
si contrabando trae de tela ó gente ;
cual coqueta que miente devaneos ,
como ladron que acecha al penitente ,
y lo mismo que yo gasto rodeos
para decir á ustedes solamente :
harto estoy , vive Dios , como de un potro ,
de este metro fatal : vamos con otro.

—
Y la razon es sencilla.

Cambio porque viene á punto
para redondear mi asunto
la redonda *redondilla*.

Puede nuestro Calesero ,
y esto es muy justo y cabal ,
lo mismo que cada cual
ser casado ó ser soltero.

Su esposa aqui bien mirado
ni daño ni bien reporta ,
por eso nada me importa
que esté soltero ó casado.

Siempre ha de tener por suerte
si no es mezquino y tacaño
una moza ó mas al año
cuando hay peligro de muerte.

Conque , á su capricho queda
sin disturbios ni bolinas
gastar despues sus propinas
como quiera ó como pueda.

La inversion , vive Jesus ,
que no la entiendo á no ser
en *puros* , *vino* , *mujer*
y echar cien manos al *mus*.

No es por eso un perdulario ;
ántes vá haciendo remesa
para comprarse calesa
y llamarse propietario.

Y remando dia y noche
con extraño calesin
viene á encontrarse por fin
con propia calesa y coche.

Entónces nadie le niegue
la frase con que le llamo
ya es *propietario* , ya es amo ,
ya tiene quien se la pegue.

Dejad que otro coma y baile
á su costa , y no haya ruido

él se hará cuenta que ha sido
cocinero antes que fraile.

No hagamos mas comentarios
de sus virtudes ó vicios
y refiramos propicios
sus dias extraordinarios.

—
Por Santiago mata-moros
enganche usted la calesa
que hoy es lunes é interesa
llevar la gente á los toros.

Raa... pulia... á la funcion
tente... pára... que te tundo
¿ te quieres marchar del mundo ?
¡ lástima de torozon !

¡ Huy ! tente ! cudiao me llamo ;
la corrida empieza ahora
¿ busca usted coche , señora ?
¿ quiere una calesa , mi amo ?

— Si señor. — Vamos volando ,
á ver si alguien nos iguala :
monte usted ; arre zagala !
que está Montes esperando.

¡ Oooh ! pára !.. pa que se bage
su merced con hercebú ,
que Dios le dé á usted salú
voy á echar otro viage.

Y ántes de poco se vé
conducir á igual destino
por idéntico camino
á una *já* con su *gaché*.

Ya Montes con su capota
engaña á la astuta fiera
¡ chica ! suene la pandera
¡ compadre ! ¡ venga esa bota !

Y mojando la garganta
entre el bullicio y estruendo
marchan para sí diciendo
como quien murmura y canta.

« ¡ Charpa suelta el caballo
que es una furia :
Mira que te se ahoga ,
dile que escupa.

¡ Ay Charpa , Charpa !
te veo y no te veo
¡ arre zagala !!!

¡ Montes ! salta al trascuerno ,
y alza la pierna
no te encaje las puas
donde te duelan.

¡ Ay ! banderillas !
banderillas y perros
¡ arre pulia ! !!!

¡ Oooh ! pára pa que se bage
la gente con hercebú.
Ea , muchachos , salú
voy á echar otro viage.

Y dando de celo traza
pasa los lunes en esto
desde la plaza á su puesto ,
desde su puesto á la plaza.

—
Hay un dia bullidor
en que alza Madrid el grito
que es el dia del bendito
San Isidro Labrador.

El señor almivarado
el manolo , el fabricante ,
literato , comerciante ,
el artista , el empleado

¿ Qué digo ? Madrid entero
este dia de alborozo
dá con entusiasmo y gozo

de comer al Calesero.

Echa al potro sueltas riendas
torciendo arroyos y esquinas,
por atrapar cien propinas
y probar de cien meriendas.

Está lozano y valiente
con tanta especie de grasas
y los torrados y pasas,
ponche, noyó y aguardiente.

Tanto llenando la piel
que aunque charle á troche y moche
no seré yo por la noche
quien quiera cuentos con él.

Si yo no comprendo mal
no estará mal recordada
la festiva temporada
que llaman de *carnaval*.

El cartel es el reclamo
que al hombre ocasion ofrece
de gritar cuando amanece
¿quiere una calesa, mi amo?

Y es de ver la niña guapa
saliéndose del festín
¡qué ojos echa al calesín
cuando el hocico se tapa!

Y al amante, que sin blanca
apostaba en el salón
á competir con Safon
y Remisa y Salamanca,

Viéndola sonar los dientes
de frío y él sin dinero
¡qué ojos echa al Calesero
tan foscos y maldicientes!

Y el Calesero acertando
la causa que le devora
dice ¿vá á pié esa señora?
Mire usted que está nevando.

Y estos lances son precisos;
porque es la pura verdad,
que una vez por voluntad
y muchas por compromisos:

El Calesero de trueno
sin mirar al que dirán,
consigue ganarse el pan
y esto es muy santo y muy bueno.

Aquí de mas desatinos
quiero remediar el daño
pero esta sino me engaño
es mano de alejandrinos.

Mas ay! que alejandrinos los hago tan perversos!
que casi estoy tentado por responder que no.
¡Brindar mi pobre numen alejandrinos versos
por fuerza es mi enemigo quien me lo aconsejó.

Direis que os enamoran, que son muy peregrinos,
mas ya veis por la muestra que no los debo hacer
¡fuera con mil demonios versos alejandrinos!
veré si con tercetos os puedo complacer.

Está visto, no salgo del aprieto.
Yo que ajusto mi marcha á la del día
engolfarme en el clásico terceto!

¡Resucitar aquella algaravía
tan atroz, tan eterna, tan pesada!
¡ay que horror! ¡ay que espanto! ¡que heregía!

¿Mas qué me toca al fin de la jornada?
¿Pedir como en comedias, neciamente
con una decimita una palmada?

No es final, que digamos, muy decente
pero por si los hados son adversos,

esa encajo, quien quiera que la cuente:
seguro de ella estoy, tiene diez versos.

Y si el público recela
que este parto es de luzbel
eche la culpa á Espinel
que inventó una vagatela.
Nada dice esta *espinela*
la mejor de mi baraja;
mas pienso que bien encaja
la insulsez de que os atraca,
porque es la décima un sacco
que solo consiente paja.

A mi me basta un romance
con el asonante en *é*
para decir: me despido;
que ustedes lo pasen bien.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

EL MÉDICO.

Amicus Plato, magis amica veritas.

No llevarás á mal, amabilísimo Doctor mio, que se perfile en estas ocho páginas mortales, cantidad designada por el editor á cada uno de los tipos variados y caprichosos que se hallan esparcidos por esta tierra de beduinos con guitarra y puñal (como dicen allende de los Pirineos). Algo homeopática es la dosis; pero se empeñan algunos en que sea la medicina del día, y hasta los ministros se hallan contaminados y son discipulos del Aleman en materia de pagar los pobres cesantes, viudas y retirados.

Todos los españoles son iguales ante la ley, segun cierto artículo del código que *poco* felizmente nos rige, y no debe el médico barrenar con sus pretensiones la ley fundamental del 37. Haz esfuerzos por reducir tus muchas originalidades, y si no te encuentras perfecto, perdona mi escaso talento, y disimula en pago de los muchos *imperfectos* de tu clase que tolera la sociedad.

El Médico representa la Medicina, y está el verbo latino *medicari*, que debe traducirse por *traer algun remedio*: necesidad que ha debido sentirse en todas épocas y lugares; porque segun la doctrina cristiana, nuestros males vienen desde Adán y este señor es antiquísimo para los cristianos apostólico-romanos, Y aun creo yo que la dichosa manzana que nos ha privado del dulce placer de hacer piruetas en estado natural y de otras mil lindezas que contaban mil abuelos, ha producido tantos estragos á falta de un *Orfila*, que hubiese aplicado al bueno de Adán un *antídoto* contra el veneno que ella contenia.

Es pues evidente que la Medicina y el Médico son antiguos y necesarios, y que su importancia deriva de la mucha que siempre ha dado el hombre á su salud; *el mayor de los bienes*, como decian los egipcios segun *Luciano*. Y esto ha quedado tan impreso en el corazón, que el bravo *Pirro*, rey de *Epiro*, solo pedía al cielo *salud*.

Los romanos se saludaban con el verbo *vale*, y terminaban sus cartas con la expresion de *bene valete*: los griegos *Xaire* que es lo mismo, y los que pintamos varios aficionados, con la palabra: ¿*como está usted?* Etc., para las otras naciones.

En cuanto al ejercicio ó práctica de ella, ha recorrido toda la escala social, desde los santos y emperadores, hasta el mortal que os habla.

Así tenemos al Dios Separis, á San Eusebio, San Cosme y Damian, el emperador Wan-Chocho, el rey

Mitridates y el papa Pablo II, con otros mil que han tenido á la Medicina como don del cielo. *Nisi á Deo*, decia S. Agustin. Vaya ese pedazo de historia contra los que la creen plebeya y mal nacida, y cuenten á sus hijos lo que valió.

Ahora los tiempos son otros, y la profesion está en poder de la *mesocracia*; pues raro es el marqués que entra en esta grey.

Aquí está lo difícil del paso. Son tantas las *idiosincrasias* médicas de la capital, tan variadas sus formas, que ofrecen á cada paso originalidades que apuntar. En otro tiempo cuando los españoles éramos tales y sin mezcla *gabacha* ni *británica*, bastaba describir el traje, el modo de andar y saludar para conocer al Médico y su gravedad. Hoy día se confunde y mezcla con toda la sociedad, y hasta el baston que era el símbolo casi exclusivo de su autoridad se ha convertido en lijero junco ó bambú del Senegal. ¡Oh tiempos aquellos en que la fe y veneracion, el respeto y admiracion del vulgo consideraban á los medicamentos como *Deorum manus*, manos de Dios!

Los modernos necesitan un *dilettanti* de ambos sexos que seduzca y cautive la atencion; que sea comadron y sangrador, hervorista y boticario, palabrero y qué se yo. Pocas personas hay que creen en los Médicos instruidos, de conciencia, y que han nutrido sus ideas en los libros y hospitales. En todos los grados de la escala social hallarás el hombre enfermo, *crédulo*, *inconstante* y *supersticioso*. Los medicamentos caseros son el fruto de esta enfermedad del género humano. Sino se cree en las curaciones milagrosas de los antiguos reyes de Francia é Inglaterra, en sortilegios y otras especiotas; si reimos de la influencia de *Saturno*, *Marte* y *Venus*, de las memorias de *Dangeau* cuando dice: «El Rey ha tomado medicina, la toma todo los meses el último dia de luna, etc. Ellos á su vez reirian ahora de nuestro *magnetismo*, *sonambulismo*, *homeopatía* y otras necedades del *sabio* siglo que nos rige. Despierta *Paracelso* y admira este siglo *homeopático*; en el que muchas personas creen que un diez-millonésimo de grano de medicamento tiene una sorprendente virtud para curar. En una palabra; que un grano de quina disuelto en el agua del estanque del Retiro ó el lago de Ginebra, es una excelente bebida para curar las tercianas. Coje un frasquito de esa maravillosa agua, muévela de abajo arriba, y de derecha á izquierda unas doscientas veces, y puedes sin temor habitar en la vega de Aranjuez ó en la campiña de Roma, seguro de llevar contigo el antidoto de la fiebre.

Sin griego ni latin ni castellano,
Te hallarás convertido en Avicena,
Con los glóbulos de Hannemann en la mano
La tisis curarás y la gangrena.

Y á fé mia que toda esta baraunda y mas que vendrá es culpa de la sociedad por aquello de que «de Médico, Poeta y Loco todos tenemos un poco.» Y como decia Calimaco el principe de los poetas elegiacos de la antigüedad en su himno en honor de Apolo: «todos quieren tener el poder de retardar el instante de la muerte.» No extrañes pues, lector, sino conoces ahora al Médico en la calle ó en la alcoba, porque á mí me ha sucedido verlo convertido en *faldas* administrando los polvos de la Madre Olivencia, y en exclaustro facilitando los glóbulos microscópicos de la homeopatía. Pobre vulgo como te tratan y mastican á dos carrillos con tu inocencia! No retrocedo á los tiempos de calzon corto, zapato con hevilla, casaca y sombrero apuntado, porque las ceremonias eran casi las mismas que á últimos del siglo pasado.

En la época de mis abuelos, el Médico grave y honrado vestia levita, pantalon y zapato negro, chaleco y corbatin blanco, camisa con chorrera alguna vez, sombrero de copa, baston y guante de hilo de Esco-

cia, uno puesto y otro empuñado. Grave y circunspecto, bien mirado, limpio de barba y el cabello corto y mirando un poco al cielo. Se anunciaba en las casas como el rey, pero por medio de la criada ó criado; y la familia salia á recibirle como el Angel que llevaba la salud al desdichado que postrado en cama esperaba el consuelo de su inteligencia y cuidado. Observaba al enfermo con el brazo en la mano izquierda, le hablaba con serenidad y desembarazo, recetaba en *latin*, advertia en la casa el cumplimiento de lo mandado, hacia un ademan con la cabeza indicando á la familia el estado del paciente, colocaba la mano en ademan de recibir el *estipendio* de la visita, y se marchaba mas pensativo que habia entrado, despues de haber presenciado una escena melancólica en que solo se habia oido su voz y las respuestas que él habia demandado.

Entónces habia fé en el arte y en el que lo profesaba; el Médico ordenaba y el enfermo se resignaba aunque fuera *quina* ó *asa-fétida*. Solo así puede ejercerse esta ciencia con provecho de la humanidad y tranquilidad del profesor. Entónces si Rousseau pedia á la Medicina sin el Médico, los Médicos le respondian; que les diera el ciuadano de Ginebra la *enfermedad sin el enfermo*.

Mas hoy que la sociedad no tiene creencias de ninguna especie, que su filosofia es un telégrafo en movimiento, que sus deseos y caprichos están montados á lo *dandy*, supeditados á la voluntad del editor de la *Moda* ó el *Correo de las damas*, las formas y ademanes de los que se rozan con la sociedad varian como la sociedad misma. Solo en las villas se vé alguno que otro *Doctor* que conserve las tradiciones de los buenos tiempos de Valencia y Salamanca. ¡O tiempos virginales en que el *embrion* del Médico cubierto con el harapo llamado *manteo* el sombrero de tres picos, que habia servido á tres generaciones, atravesado alguna vez por la *cuchara* de palo, y el *puchero* de la sopa colgado del cordon y debajo del brazo, constituia el *frondoso retoño* que mas tarde representaria á los Lagunas y Servet, á los Piqueres y Morejones! ¡O bulliciosos veranos que presenciabais las cuadrillas de estudiantes recorriendo la España con la música y algazara de aquellos benditos tiempos! Pasemos al año 43 del sapientísimo siglo diez y nueve.

Este siglo de indiferencia, difícil y variable en sus pensamientos, dicen quiere ver y saber; el exámen ha reemplazado la fé. Señor público que teneis mas espíritu que *Feijoo*, no lo probais en este momento, porque nunca el charlatanismo en todo ha presentado mas atrevimiento y astucia para seducir y engañar la credulidad pública, y lo consigue á cada instante. Rara vez la llamada *razon* domina con su verídica voz vuestros pensamientos. Las vociferaciones y el clamoreo ahogan su aliento y dominan su misterio en la calle y en la plaza, en los salones y cuerpos científicos. Vivan las preocupaciones populares y *qui vult decipi decipiatur*.

El médico viste ahora como la sociedad con mas colorines que un pavo real, con todos los atavíos de un *fashionable*, y no se distingue de los que le acompañan, sino por llevar la palabra para responder á una consulta de *amistad*. Debe poner mas cuidado en saludar y dar el tratamiento (al que le tenga) que en el arte de recetar. Ser fino, elegante, y admirador del bello sexo; filósofo con las recelosas mamás. No faltar á los bailes y sociedades con el *botiquin* bien provisto, porque allí hay muchos..... saponcios que curar. Ser soltero por si..... alguna viuda quisiera tomar estado. Recetar agua de *tila*, *culantrillo* y *flor de naranja*, que es la mas urgente necesidad del dia, y no pedir el pago de las visitas porque ya es *moda* no pagar.

El médico de palacio parece un *gefe político* por su uniforme, y no es poca la policia que necesitarán algunos santos..... lugares que allí se cobijan. Los

colegios visten casaca á lo gefe de seccion y han perdido hasta el modo de *andar*. ¡O sagrado templo de Hipócrates! adopta por Dios tu traje doctoral que compatible es con el régimen representativo. Y si no vuelve la vista á Paris y Montpellier y verás la toga doctoral grave y circunspecta en todo acto de ceremonia escolástica.

Nace el Médico en Barcelona, Cádiz ó Madrid, y no habla de las universidades que tambien dán á luz Médicos ilustrados, porque el doctísimo *Solanot* se ocupa (aunque el parto vá muy largo) en clasificarlas. Tiende su vista cuando sale de la fenicia Gades ó de las márgenes del *Llobregat* hácia el tranquilo *Manzanares*.

Allí está el puerto de grata esperanza y el último grado de la escala galénica; pero ¡cuántos escollos y malezas, cuántos naufragios antes de llegar á él! Al salir de la escuela de enseñanza se acomoda en una aldea donde le pagan sus honorarios, una parte en metálico y dos en trigo de *superior* calidad, si á la cosecha no toca el purgon.

Pasa la infancia del arte entregado á la mas profunda melancolía esperando el astro que debe guiarle á la corte, porque ya está cansado de la villa ó aldea, de la despótica voluntad del alcalde de monterilla, de las pandillas de Güelfos y Gibelinos aristócratas con el pelo de la dehesa, del trespelo y el solo en casa del cura ó boticario, y de la constante murmuracion pan de cada dia en aquel bendito rincon. Algunos ahorros, su buena reputacion entre los condiscipulos, ó una cura maravillosa al titulado marqués de aquella villa que pasa los veranos en ella, le traen al puerto que columbra desde sus primeros albores. Ya llegó á la capital. Habita un cuarto tercero con una familia honrada, y ocupa su tiempo en darse á conocer. Encuentra algunos condiscipulos, á quienes cuenta su deseo de establecerse en la corte. Estos le responden con melancólica voz.... Amigo mio, has errado el camino, aquí somos tantos como enfermos, los tiempos van malos, gastarás tus ahorros y volverás desengañado á tu rincon. Sin embargo, su determinacion está resuelta, no hace caso de sermones, y ya le tenemos práctico de la capital. Adquiere relaciones y por ellas el conocimiento de la nueva tierra que pisa, las idiosincrasias médicas, el nombre y ciencia de *varios* de la que hay mucho que decir y mucho mas que callar. Da principio su clientela por *cesantes*, *viudas*, *militares retirados* y alguna muger.... de la vida airada. Camina siempre á pié, cualquiera que sea el estado de la atmósfera, gracias á nuestros económicos ministros. Pero la edad todo lo permite: la filantropía, está en la juventud que tiene pocas obligaciones que cubrir y muchos méritos que alegar. Siempre la conservará Dios para consuelo de las clases que están en el *limbo* por falta de *fondos*, y alivio de las piernas de nuestros maestros que pasaron su noviciado y dieron buenos consejos á los que hoy tenemos la torpeza de criticarlos y la satisfaccion de respetarles. Porque bien puede ser lo uno hijo de lo otro como la *endocarditis* del *reumatismo*.

Habia vivido contando todos los dias las visitas, que aunque muchas en número tenían al pobre bolsillo con la extrema-uncion; pero su reputacion ha crecido y divisa el momento de pasar al número dos.

Llega por fin á visitar un *gentil hombre* cesante, un *literato* de reputacion, ó una vieja que ha pasado por todos los hijos de *Avicena*.

Estudia y se afana sin cesar, consulta cuanto sabe la medicina francesa y alemana, y entabla con feliz éxito su plan; pero como el *gentil hombre* es *caprichoso*, el *literato* *incrédulo*, y la vieja *rebelde* á mitad de camino pasan sus enfermos á manos del charlatan. Triste y meditabundo ratiocina sobre el estado y caprichos de la sociedad, y dice: ¿cómo es posible que hombres ilustrados crean que se puede saber lo

que nunca se aprendió? pero está visto; la Medicina y el arte de gobernar á los hombres son una excepcion. Todo el mundo se cree en este caso discípulo de Hipócrates y Aristóteles. Un relojero compone relojes y un zapatero hace zapatos; pero la máquina humana puede ser entregada al primero que llega con tal que tenga audacia y serenidad; y como dice el poeta... *verbosus adquisivit tamam strophis*.

Siempre el zapatero de la fábula de *Fedro*; se entrega la vida *cui nemo calcaneandos commisit pedes*.

Recuerda para su consuelo y calma del agitado corazón la historia de los tiempos, y halla en *Plutarco* al famoso Pericles entregado á un preservativo rodeado al cuello para curarse de su mal; á *Bacon* que llamaba al nitro espíritu de la tierra, á *Maquiavelo*, *Leibnitz*, *Alfieri* envenenados por drogas ridículas; y hasta *Malebranche*, el autor de la *Investigacion de la verdad*, aconsejando á las mujeres preñadas frotarse la parte superior de las extremidades inferiores para que sus hijos no naciesen marcados con los caprichos que ellas pudieran tener. ¡Oh miseria humana! El gran filósofo estaba en esto á la altura de aquella *comadre* que afirmaba que si el cardenal *Duperron* era tan sábio se debía á que su madre estando embarazada tenia siempre capricho por una biblioteca.

Con este y otros sinsabores análogos llega por fin al número que codiciaba, en el que sus consejos y visitas producen mas y valen tal vez menos. Su clientela se compone de *propietarios*, *comerciantes*, *artistas* de toda clase y *empleados activos*. Sus réditos le proporcionan el placer de alquilar un cabriolé de cuando en cuando á un modesto *Simon* en los dias de mucha agitacion. Ya tiene 36 años cumplidos, vive en cuarto segundo con campanilla á la calle para mayor comodidad de los vecinos de las doce de la noche en adelante; sa'e por la mañana despues de tomar chocolate, y vuelve á su casa á la hora de comer, y como no tiene todavia hora fija para consulta, se levanta de la mesa cinco veces antes de concluir. Su fama crece y se desarrolla, el entusiasmo y el fanatismo le ensalzan á la vez y hasta entónces su reputacion *fundada* comienza á ser *fabricada*, como dice el padre *Griffet*. Se cuentan maravillas de su habilidad, y hay persona que le recomienda á un rico banquero que padece del hígado diciéndole ser tan hábil, que ha descubierto el hígado á una persona, le ha quitado un tumor, lo ha limpiado como quien limpia un gabinete, y el enfermo ha quedado en completa salud. Con pocos elogios como el actual poco tarda en pasar á primera graduacion. Traslada su habitacion á cuarto principal, y recibe consultas en un bonito gabinete, en cuya antesala se suelen encontrar alguna vez el marido y la mujer, el amante y su querida, que por distinto camino el uno viene á consultar un *dolor*... de muelas, la otra una *jaqueta*, *pesadilla* ó *vaidos* que le dan á media noche, y cuando están dentro el Médico y ellos saben á *qué vendrán*. Cuantas escenas cómicas presencia aquella silenciosa habitacion de cuyo fondo no salen jamás las palabras que se pronuncian, ni se reflejan el pudor y la honestidad. Pasa su visita en cabriolé, y la clientela se compone de *Ministros*, *Duques*, *Condes*, *banqueros* y contratistas. La corte, los políticos y los filósofos le necesitan, á todos dá consejos, tiene entrada franca á todas horas en sus casas y un cubierto en la mesa. Si encuentra algun melancólico político le cuenta lo de *Voltaire* que decia «tengo mucha confianza en el *Esculapio-Tronchin* que vé en los cuerpos como Dios en los corazones; vivir es el solo placer que me resta para mortificacion de los que me pagan rentas vitalicias: cuando padezco indigestion, conspiro contra ella con el ruibarbo y la dieta.» Así vivió este hombre ilustre 84 años, y este consejo pueden tomar muchos sábios.

Nuestro Médico célebre como generalmente tarde

cuando lo hace en casa, asiste á la sesion que celebra la Academia, y juega al tresillo en casa de la marquesa de C. El teatro es rara vez el lugar donde se encuentra, al menos desde el principio de la funcion, y rara vez la ve concluir con tranquilidad.

Suele no estar exento de que molesten su sueño á las dos de la mañana y entónces son los apuros y malos ratos. Solo la filantropía, paciencia y amor á la humanidad pueden arrancar de la cama al mortal que trasportado en aquellos momentos al empíreo se levanta y marcha con el silencio de la noche á visitar algunas veces un simple *calambre* que alborotó la vejeidad.

Suele la crítica ensañarse con estos nobles doctores diciendo que pasan algunos por sábios y grandes Médicos, aunque no lo son; como hay ministros que nunca debieron serlo. Que todo lo componen á fuerza de tecnología ensartando con serenidad y desembarazo nombres y frases ininteligibles para el mismo *Fa-sio*. Que toman el pulso con el reloj por gala y ostentacion, aunque sea en una úlcera del pié, y gastan con énfasis un cuarto de hora para recetar *emulsion de goma arábica*. Llamam dolor de costado á lo que es un simple catarro. Mas el vulgo conoce á estos malos representantes de la sublime medicina, y si cambian el vil metal que la sociedad codicia, por la corona de



El Médico.

siempre viva que adorna la frente del anciano de Cos, con su pan se lo coman.

Algunos años de práctica en clientela tan ilustre, colocan al Médico en la dulce posicion de retirarse poco á poco de los trabajos y miserias de la vida, acabando sus dias entre el luto y dolor de la familia, solicitando un pase para visitar los muchos amigos á quienes dió pasaporte en época mas feliz.

El *charlatan*. Este solo merecia un artículo aparte por su originalidad. En esta idiosincrasia coloca, amado lector, los que lo son y muchos de los que no lo parecen; porque no hay monja, sacristan, viuda, hechicera y señora, que pertenezca á clase elevada de la sociedad, que no tenga unos polvos para opiladas; un colirio para todos los ojos malos, aunque tengan

cataratas; una yerba para las lombrices de catorce varas; parches para la jaqueca de *solteras, viudas y casadas*; anteojos para todos los cortos ó largos de vista, y mil menjurjes de la mas alta y acrisolada reputacion.

El charlatan de oficio no ha pisado los umbrales del tiempo de *Esculapio*. Ha sido escribano, carretero, pastor, militar ó criado de algun Médico, de quien ha copiado alguna receta que la hace servir para toda enfermedad *específica* ó de antiguo y remoto origen. Porque es preciso tener presente que el *charlatan* solo se dirige á los enfermos *crónicos*, vulgo desahuciados, ó los que se curan con algun medicamento especial. Son farmacéuticos al mismo tiempo, porque toda la virtud del medicamento consiste en el secreto

de la composición, aunque sean píldoras de *miga de pan*. Se anuncia en el Diario todos los días del año con algún nombre de *facultad*, con pompa y aparato, con remedio sencillo opuesto al que da generalmente el Médico, aunque luego después sea arsénico ó sublimado corrosivo, ó el mismo que daba el profesor. Recibe consultas gratis, pero cobra por el frasco, la caja de píldoras ó polvos, lo que podría costar toda la enfermedad á duro por visita. De modo que aunque no vuelva el enfermo él ha sacado su pacotilla. Concierta por un tanto la curación; pero sin olvidarse de cobrar dos plazos de tres añelantados por si la naturaleza del enfermo es rebelde. Llena las esquinas de anuncios y pone comunicados en los periódicos de enfermos curados que nunca han padecido, con firma de nombres que no existen. Debe ser perseguido por la autoridad y subdelegados de Medicina, quejarse del mal trato que recibe y viajar de cuando en cuando al extranjero aunque no haya pasado nunca de Fuencarral. Tiene en su casa jarabe *panquimagoho* de Crollius, mistura *anti-cistophlegmático hydrogenésico-ascítica*, píldoras de *phlogístico* de Kirwan, polvos *nephrolítico nephrempharxico* de Plouquet, y unguento *pampiniforme paronychito* de Andernach: y con esta farmacia ambulante no hay temor que le falte de cuando en cuando algún *reputado sábio ó filósofo* partidario de Paracelso. Suelen acontecer escenas graciosas, y mas de una podrá servir para entretener al lector. Yo me acuerdo de cierta señora que padecía un tumor en el pecho, á la que dieron por remedio que se rapara la coronilla, y todos los días se frotara dos veces al día con *aguardiente coñac y sal*, remedio del Doctor Wallance. La pobre señora se quedó calva de tanta fracción.

Hace pocos días se anunció en el Diario un tal *Taglei* que poseía un líquido para las quebraduras. Llegó á las once de la mañana en casa de un joven rico y elegante (que se apellidaba lo mismo que el charlatan) un infeliz que padecía una *quebradura*. Llamaron al señorito que estaba barnizando sus botas y ambos se sentaron en el sofá. El doliente explicó lo que creyó conveniente; y el señorito, creyendo ser una burla y no una equivocación de casa, le dió un *frasco de barniz* para que se frotara en la *ingte* como único remedio que poseía. Figúrese el lector la risa del señorito y la familia, cuando á los cuatro días vuelve el paciente diciendo: que estaba curado de la *quebradura*, pero que habia quedado *charolado* el sitio sin poderlo despegar. Escenas como estas pasan todos los días en la capital de la monarquía.

Réstanos el *físico*, nombre que se da á los que forman parte del cuerpo de sanidad militar. De los cuales solo diremos.... «*respeto á las glorias militares.*»
«*Recójalos Atoclia cuando descansen en paz.*»

Aquí concluimos nuestra tarea con aquellos versos de Iriarte.

A todos y á ninguno
Mis advertencias tocan:
El que haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.

LICENCIADO JOSÉ CALVO Y MARTÍN.

EL DOMINE.

¡Con qué humor tan negro cojo la pluma! Está visto: antes de emprender el retrato necesito desahogar la bilis, y la comezon pendenciera que me abrasa. Estoy como pueblo que quiere pronunciarse, dispuesto á armar camorra con el prójimo, y cual aquel poeta que cantaba

Tengo las calabazas puestas al humo,
Y al primero que llegue se las emplumo.

Tocarales la china á los que encuentro mas á mano á mis colaboradores y al editor. Si, señores míos: voy á disputar con Vds., á reñir en forma, acerca de lo que llevamos hecho y está anunciado de la obra; que á mí no me cuadra pintar las faltas y deformidades ajenas, y dejar las nuestras en el tintero por exceso de amor propio y sobra de injusticia, que son los pícaros vicios del linage humano, y de todos los linages.

Dos obligaciones se ha querido imponer, é imponernos el ciudadano editor, que ni cumple, ni cumplimos, ni es posible que cumplamos él, ni nosotros; y vive Dios que se lo he de contar á los suscritores y leyentes, pese á quien pese. Lo que yo vea contra razon y conciencia, lo he de decir sin morderme la lengua, clarito como el *b a ba*, y sin aborrármelas con papa, rey ni Roque. (Entre paréntesis: este Roque que siempre está paralelo al rey, y contrabalanceándole, debió ser algún regente durante la menor edad del monarca.) Protesto, pues, contra las dos obligaciones antedichas, porque las ha tomado el gefe sin acuerdo de su consejo de escritores respetables; porque son opuestas á la ley fundamental de la sana lógica, y porque es una de tantas decepciones proclamar tales principios y obrar á la inversa. *Item* mas, pido la responsabilidad de los funcionarios que han obedecido un mandato no firmado, cual exige el artículo 61 del pacto social. Salvas estas premisas de protesta y demanda, continúa la disputa.

Háse ofrecido que la obra se dividiría en dos partes, comprendiendo el primer tomo los retratos de la capital de la monarquía, y el segundo los de las provincias. Mas ¿dónde está ni hallarse puede semejante línea divisoria? El *Torero* es mas peculiar de Sevilla y de Jerez, que de Madrid. Los *indianos* están desparramados por todas las provincias peninsulares, amen de los muchos que hay en Burdeos, Bayona y otras partes extrañas. La única afinidad que tiene el *Charran* con la corte es el haber en esta como en Málaga un barrio llamado Perchel, y el haberse pronunciado Málaga diferentes veces, y Madrid en setiembre. Solo en una cabeza redonda cabe que el *Ama del Cura* sea personaje madrileño, cuando los cardenales de Santiago, los canónigos de Toledo, los pavor-des de Valencia, y quince mil párrocos de todas las diócesis, nos ofrecen ejemplares á pedir de boca. Pues á nadie que no comulgue con ruedas de molino se le hará tragar que en las provincias no hay *Coquetas, Criadas, Santurronas, Sacristanes y Alcaldes de Monterilla*: como que los mismos retratistas han formado sus cuadros tomando rasgos de esta y de la otra comarca.

A clasificar lo que va publicado en las dos partes consabidas, no era floja la ensalada de párrafos y de períodos que habia que hacer. Parecerian los artículos espurgados por el santo oficio; y á fé que pocos quedarian sin espurgo si la inquisición volviera, que ya verán Vds. como no vuelve. ¿Y qué prueba esto, sino que la tal division es un disparate?—Si á mis dignos colegas les pareciese dura la calificación, traduciréla en blando, diciendo, que es prurito de clasificar lo que no tiene demarcación propia; manía de dividir lo que no es conveniente separar para ningun fin bueno.—Para cumplir con la oferta de la partición fuera indispensable pintar coquetas cortesanías, aparte de las coquetas provinciales: retratar por separado al sacristan de Mósteles, y al del Buen Retiro: dedicar un artículo al empleado que pasea por la Rambla de Barcelona, y otro al que se distrae por la Fuente Castellana de Madrid: discernir en el primer tomo la criada del diputado que asiste á las sesiones, y en el segundo volumen la misma criada cuando vive con su amo en provincia durante el entre cortes; y pardiez que no faltan entres y salgas, aperturas y clausuras, suspensiones, prórogas y disoluciones.

Pero bien conocida es la causa de la aberracion que impugno, y no se me ha de podrir en el buche. Calculáronse cien retratos, como pudieron echarse cincuenta ó trescientos: se presupuso (en los presupuestos siempre se va á ojo de buen cubero) que harian dos tomos; y no creyéndolos bastante separados con que cada cual tuviese su cosido, su encuadernacion, su cubierta ó su pasta, ocurrió el capricho de distinguir el mismo contenido, como aquel que explicaba las tres personas de la unidad divina por la corteza, la carne y las pipas del melon. Mas así como no faltó quien digera al dogmatizante que entre los tres agregados nunca sacaria otra cosa que un melon completo, tampoco ha de faltar quien objete al editor, que por mas que divida tomos, la obra será única, sin otra verdadera diferencia que los números primero y segundo puestos al canto en el tejuelo de la cámara baja.

Ea, pues, compañeros de pluma y de carteles, imitemos de hoy en adelante, á los periódicos y á los partidos constitucionales. Ellos dicen, ya no hay mas que españoles y ayacuchos: digamos nosotros, ya no hay sino españoles pintados, sin diferencia de volumen. Y enmiéndense las cubiertas de las entregas, y sigamos dando brochazos, y cuestion acabada.

Otra oferta se ha hecho solemne y sustancial: que los tipos serian *exclusivamente españoles*. O esto quiere decir que los españoles son españoles, que es una necesidad, ó quiere decir otra cosa, y entonces lo mismo se cumple esta que aquella: ofertas de Mendizabal. ¡Presentar al Barbero indígena de España donde, no embargante la abolicion capuchina, hay mas barbones que entre los moscovitas! Ni mas ni menos que fingirnos dueños de las *patrones de h'éspedes*, siendo así que el oficio, las personas y aun el nombre han venido de Ultrapirineos. Se dirá, porque todo se dice, que entre el *Pretendiente* de un empleo en Paris, y el que solicita en Madrid, hay tales y cuales diferencias, nacidas de las costumbres, carácter y estado social; pero esto no constituye un tipo exclusivo de nacion alguna. No hay dos hombres, ni dos cosas cualesquiera absolutamente iguales, y todos los individuos no son tipos. Convendré, porque ya se me ha pasado el esplin, en que el *Torero* y el *Charran* pueden considerarse españoles por naturaleza y vecindad; mas otros retratos que veo y leo, son, con perdon de Vds., cosmopolitas perfectos.

Basta ya de digresiones previas y de reñidores episodios, que voy á tardar en emprender el dibujo mas que un congreso en constituirse y contestar al discurso de la corona. A bien que no es chico el pedazo de artículo que he ensartado para introducirme, y de chanza ó de broma, nunca viene mal un retazo á los que trabajamos con medida.

Ahora voy á presentar un retrato que es español á machamartillo, castellano neto, compatriota por los cuatro costados, paisano á prueba de bombas de Monjuich, y mas castizo que los potros de Ubeda, y las merinas segovianas. El *Dómine* nació, ha vivido y está para morir en España, y nada tiene que ver con los aliados. Es la independencia nacional en cuerpo y alma, tan agena de las casacas encarnadas como de gallos y tricolores. Es, en fin, el españolismo por esencia, presencia y potencia, que jamás ha pisado otra tierra que la tierra de garbanzos. Una prueba es que todos los apellidos de su familia son castellanos rancieros, sin mezcla de secta, como *Lucas Berrío*, *Cabra* y *Chuchumeco*: tan exclusivamente nuestros como el *maestro Quiñones*, el *licenciado Vidriera*, el *capitan Araña*, y el *rey Perico*. Pregunten Vds. á los literatos extranjeros por todos estos personajes de nuestra patria, y con tanta historia y geografía como revuelven, se quedarán al oírlos con las mandíbulas en ángulo de cuarenta y cinco grados: es decir, que ignoran lo que nuestros patanes manosean en sus diarios coloquios.

Y no como quiera es el *Dómine* tipo meramente español; tiene además la circunstancia agravante de ser el original que mas ejemplares ha producido: el que ha dado los fundamentos de su gloria á la república literaria; el que ha llenado el mundo de borlas, birretes, cogullas y capirotos: y si no respondásemos á estas preguntas. ¿Qué teólogo, qué jurisconsulto, qué canonista, qué médico ha existido en nuestro país, á quien no haya dado el *Dómine* las primeras lecciones de hablar y escribir correctamente? ¿qué tribunal, qué universidad, qué púlpito, qué coro, qué botica puede envanecerse de no haber pagado tributo al indispensable *Dómine*? Sin este agente universal de las carreras literarias, se hallaria vacía la mitad de los estantes de las bibliotecas; faltarían los principales glosarios de nuestros viejos códigos; habrían quedado desiertos los noviciados de los monasterios; y caerían nuestras conversaciones de los salpicados bilingües que las florealan ó las barbarizan. Dirélo de una vez y mas en grande: el *Dómine* es el Adán de cuantos saben dónde tienen su mano derecha, el Ataulfo de los príncipes de las letras, el Mentor de todos los que declinan y conjugan, y el primer móvil de la omni sapiencia.

Pero hay otra observacion, que sobre todas descuella, y hace ver, no solo que el *Dómine* es tipo peculiar de nuestra nacion, sino que los españoles todos han estado sometidos á su influjo. España entera ha sido gramática por naturaleza y gracia, y la universalidad de sus habitantes fue clasificada en dos grandes secciones: los que no sabian *gramática latina*, tenian *gramática parda*; ejemplo que no presentará nacion alguna, por aventajada que se crea en letras humanas. Un pueblo de gramáticos ni se conoció en los tiempos fabulosos, ni lo recuerdan los anales de la India, de Grecia ni de Roma.

Acaso no falte quien objete (la oposicion es tan dulce y comun como la venganza) que siendo tan español el *Dómine* ¿por qué fué á pedir nombre prestado á las orillas del Tiber? Mucho se pudiera alegar contra este escrúpulo, pero baste saber que la lengua castellana tiene en sí misma las voces de *preceptor* y *maestro de gramática* para designar este individuo, y que la de *Dómine* se ha familiarizado por la propension de los españoles á hablar latin desde que á ello se ponen. Así es que aprenden el idioma en el idioma mismo, por un arte escrito en la lengua que van á estudiar, y al segundo dia de concurrir al aula un chico de diez años sabe ya llamar al maestro *Dómine*, y preguntar: *¿Licet mihi per te?* Hay mas: un barbero sangrador antes de saludar el arte escribe corriente *Repice*; un notario romancista encabeza sus escrituras *In Dei nomine amen*; una monja, sin mas estudio que cojer un diurno, sabe cantar *Dixit Dominus Domino orino*, corrigiendo lo profano del texto; un ministro de Hacienda, que ni el forro de los libros conoce, obra en hebreo y maya en latin el *mutandas mutandas*; y hasta las beatas y los chiquillos saben el *Gloria Patri*. ¿Se quiere mayor demostracion de que el *Dómine* y su arte son connaturales en España?

Todavía hay mas que alegar en abono de mi propósito. Donde los conocimientos son exóticos hay dificultad en apropiarlos y mantenerlos, y los hombres mas eminentes apenas logran su aclimatacion. En Castilla sobran para perpetuar el latin las personas mas baladías y lisiadas, las que no pueden servir para otros estudios. Tirso nos ha descrito el *Dómine* de Marta la Piadosa en estos sencillos términos.

....Un licenciado
en gramática, ordenado
de grados y de corona.

Y es que por lo comun se dedican á maestros de latinidad los que, yendo para clérigos ó letrados, cortan ó les atajan la carrera; ya ahorcando los hábitos y

casándose; ya de resultas de quedar señalados por la mano de Dios en pena de una diablura que los deja cojos, mancos ó irregulares; ya porque perdieron el tío que les daba estudios; ya porque les tocó soldados.

Dedúcese de aquí que el oficio de preceptor no se enseña ni se aprende; todos llegan á él sin pensarlo, sin saber cómo ni cuándo. El que empezó á estudiar creyéndose canónigo, ó corregidor, ó pulsista, se encuentra *Dómine* en la flor de su edad por arte de birli birloque, ó sea por el sino de los españoles á ser gramáticos y latinos. Puede decirse que el *Dómine* no existe en la naturaleza, ni en el órden regular, sino que aparece por una combinación extraña, como el garado mular; ó como los estambres de la rosa cultivada se convierten en pétalos; ó como el pedazo de barro que iba para olla y se trueca en jarro en manos del alfarero; ó cual trozo de madera, del que el escultor dice.

Si sale con barbas será San Anton
y si no la pura y limpia Concepcion.

Véase la causa por que yo no puedo entrar á describir el origen, patria y educacion del *Dómine*. Hay que tomarle y a formado y cual aparece, supuesto que hoy lo es, el que ayer no lo era, el que anteayer se creia cosa bien diferente.

Apenas se hallará pueblo mediano en nuestras provincias que no haya tenido cátedra de latinidad. En pocos faltó un eclesiástico de campanillas, un ricote venido de Ultramar, una solterona acomodada, ó un concejo concienzudo, que fundase esta obra pia. Porque es de saber que los *Dómines* no dependian del plan general de enseñanza, sino que en esta materia habia accion popular, que ejercitaba cualquiera, cuándo, dónde y como le acomodaba. Ya se ve, era una fragua indispensable para forjar tantos capigorones y frailes como salian de los pueblos, y era ademas requisito para ser abogado, médico, boticario y cirujano latino, y hasta para ser monja de coro, sacristan, capiscor y salmista. Y obsérvese que de los pueblos donde habia mas facilidad de concurrir al estudio latiniparlante, se poblaban los conventos; y si no díganlo Toro, Budia y muchos lugares de la Mancha.

Si se me pregunta por la figura corporal de mi héroe daré el texto de Quevedo, retratando al *Dómine* de Segovia: «él era un clérigo cerbatana, largo solo en el tallo, una cabeza pequeña, pelo bermejo, los ojos avecinados en el cogote, la nariz entre Roma y Francia, la habla ética, la barba grande, comedor de una comida eterna sin principio ni fin.» O me remitirá al *Dómine* de Villamandós del P. Isla, que «era un hombre alto, derecho, seco, cejijunto y populoso, de ojos hundidos, nariz adunca y prolongada, barba negra, voz sonora, grave, pausada y ponderativa, furioso tabaquista.» Lo de ser enjutos, zanquilargos, anquisecos, acartonados y cariacontecidos, con las demas señales de flaqueza y espiritualidad, procede sin duda de que apacientan mas el alma que el cuerpo; pues como viven entre muchachos hambrones y ansiosos, á la par que enredadores é inquietos, su existencia se reduce á comer galopeado, á dormir en taquigrafía, y en cavilar en progreso rápido, lo cual constituye en la demarcacion de las clases pasivas.

Los que participan de este temperamento son, segun los fisiólogos, nervudos y rijosos, pero como el estado unas veces, los trabajos mentales otras, y la escasa fortuna siempre, suelen apartar al *Dómine* de la coyunda matrimonial, queda por lo comun del género neutro, y cuando mas espuesto á tentaciones y lances de honor. Suelen decir las señoras de talento, que los hombres estudiosos son malos para maridos y buenos para amantes; porque quieren de tarde en tar-

de, pero quieren bien. Tal vez seguia esta máxima aquella dama de quien dice la copla vulgar.

La béndita Dorotea
que por el balcon se esconde,
es el orinal en donde
el *Dómine* labia mea.

Por lo que toca á la vida y hechos del *Dómine*, expondré lo que me ocurra en resumen, que es como si dijéramos, á paso de Luchana.

Cuando es casado, la esposa ha de ser marisabidilla, de las que el refran equipara á las mulas cozudas; y los chiquillos parlanchines y redichos. Los pupilos internos ayudan á los quehaceres de la casa en razon inversa de sus contingentes y regalos. Con los menos contribuyentes se ahorra la *Dómina* de criada, de niñera y de mozo de mandados; que por dejar el aula y que les disimulen la holganza harán los escolares todos los recados del mundo, por ruines que sean. Rarisimo es que los *Dominiquillos* hereden el magisterio de su padre por mas que este lo ponga de mayoristas y pasantes: cansados de pelear con estudiantes aviesos y de reconocerles el trasparente, suelen apeteer otra profesion de menos ruido y mas provecho.

La mesa del preceptor siempre es alegre y esbelta: nadie padece allí indigestiones, ni se embota los sentidos. Un sopicaldo, y un cocido en que los garbanzos parecen islas flotantes, y un cuarteron de carne que hace de vasto continente, ni compromete á pedir el auxilio del doctor, ni ha menester lugar escusado. Allí se come para vivir, y no se vive para comer; y si no se obra el milagro de multiplicar los panes y los peces, se resuelve el problema matemático y físico mas difícil, de distribuir la menor cantidad de materia posible en el mayor número de dosis posible.

Salvas honrosas excepciones, los *Dómines* son dados á sentenciados, tienen el gusto extragado y adolecen del carácter pedantesco. Los macarrónicos estravagantes y las sentencias que retumban y hacen eco, son para ellos de mas estima que los mejores trozos de Virgilio y de Ciceron. Muchos saben de memoria la carta de Pablo Merula, en que se cuentan las maravillas de España en un latin castellano: otros recitan el soneto del mismo género, que Rengifo pone en su arte poética; y pocos hay que ignoren el epigrama compuesto en el siglo pasado á la virgen del Pilar de Zaragoza que empieza:

*Sublimes admittit piis gratissima gentes,
Instaura celebres Sacra Maria choros.*

¿Y qué preceptor de nombrada estuviera ignorante de los mas comunes laberintos, acrósticos, equívocos y macarrónicos? Uno relata entusiasmado aquello de friarte

Quod salamanquinis idioma retumbat in aulis

Otro recuerda con gloria la pepinada de la guerra de la Independencia y principia

*Currite Matritum, Versilia currite pronte,
Et Pepo de parte mea facitote mamolam*

Y los mas tienen fruicion en celebrar hasta las nubes aquellos altisonantes de Nebrija

*His atacem, panacem, cólaccem, styracémque, facmeque.
Ambigo, currique furo, satago, queso, hisco, fatiseo.*

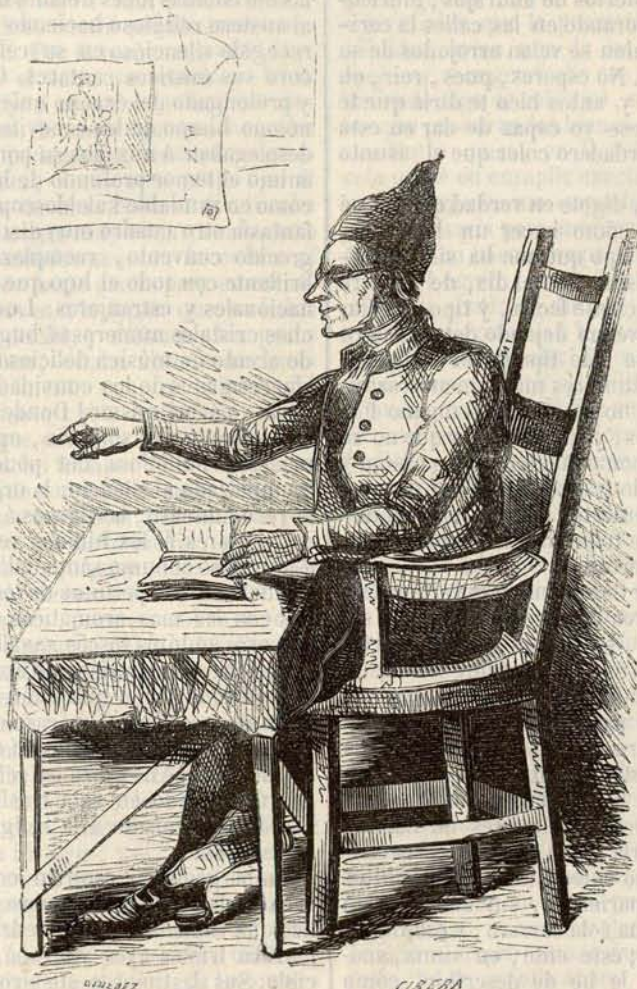
Dije al principio que el *Dómine* estaba para morir, y se hace preciso explicar esta frase, no se vaya á creer que le mata su régimen dietético ó los malos ratos. Se muere, porque de hoy mas será inútil ó hará poca falta. Sin capellanes y sin capillas; con los libros elementales puestos en castellano; y con buenos códigos puestos en romance ¿de qué servirán los pre-

ceptores latinos? Sobrarán las escuelas de las universidades, institutos y seminarios. ¡Y esto lo ven con calma las gentes y no lo lloran los literatos! ¡oh ingratitude! Recrearos en vuestra obra, novadores; ya habeis acabado con el *Dómíne*; pero cuenta que de hoy en adelante echareis muchas cosas de menos. Voy á indicaros algunos resultados de vuestra *dominante* revolucion.

En primer lugar, se irá desterrando del language esa porcion admirable de palabras que tanto lo enriquecen, y apenas habrá quien sepa estampar el *infrascripto*, quedándonos reducidos al abajo firmado.

Veremos si hay escribanos que den fé de la *non numerata pecunia*.

No se encontrarán políticos que hablen del *salus populi*, aunque con candil se busquen.



El Dómíne.

Ni los cómicos saldrán al *proscenio*, ni los soldados al *extramuros*, ni el monaguillo al *Via-crucis*.

Los avaros desconocerán el *in utroque felix* de las medallas que ahora leen y releen.

¡Y habrá viejas fervorosas que recen, como quien lo entiende, *Turris evurnea* y *Virgo potens Nequaquam*. (Y busque V. entónces esta sonora respuesta, á que jamas llegarán el raquitico *no ni el mil veces no* de los modernos.)

Por último, cuando haya muerto el *Dómíne*, estarán Dios sabe dónde los españoles que hoy se pintan solos, entre ellos su servidor q. b. s. m.

FERMIN CABALLERO.

EL EXCLAUSTRADO.

BENIGNO lector: Si hasta ahora la mayor parte de los retratos que se te han presentado en esta galería pudieron dar ocasion á que se ejercitase en ellos la festiva pluma de sus autores, y á que tú te solazases un rato con la maligna pintura, has llegado hoy á uno en el cual tienes que renunciar á tan halagüeña esperanza; y si no quieres, por el contrario, afligirte, vuelve la hoja y pasa al artículo siguiente; que no he de emplear las armas del ridiculo cuando se trata de un ser, epílogo y cifra de las miserias humanas, y á quien la suerte, á pesar de su carácter venerable, ha condenado á sufrir todas las calamidades que puede lanzar sobre la frente de un hombre

la mano airada de las revoluciones. Aunque mi pluma tuviese la punzante causticidad del malogrado *Figaro*, aunque el *Curioso parlante* me prestase la suya alegre y juguetona, me guardaría muy bien de emplearla para escarnecer el hábito sagrado del sacerdote, ni las respetables canas que adornan á la vejez desgraciada; que si en algun tiempo me aconteció tambien el sacar á la escena, entregando á la execracion pública, pasiones y crímenes de hombres que encerrára el claustro, cedí tal vez con harta facilidad al torrente que entonces nos arrastraba á todos; hallábase todavía mi ánimo preocupado con la idea de su antigua prepotencia, y sobre todo no habia visto á esos infelices cubiertos de andrajos, muriéndose de hambre, ó implorando en las calles la caridad de los mismos por quien se veian arrojados de su antiguo y pacífico retiro. No esperes, pues, reir, oh lector, en este artículo, y antes bien te diria que te aprestases á llorar, si fuese yo capaz de dar en esta ocasion á mi estilo el verdadero color que el asunto requiere.

Y al empezar mi tarea, dígame en verdad que no sé lo que debo decirte, ni cómo hacer un bosquejo, aunque imperfecto, del tipo que me ha sido encomendado; tipo peculiarísimo, en el dia, de nuestra nacion; tipo en ella de reciente fecha, y tipo, en fin, que desaparecerá en breve no dejando detras rastro alguno. Esto es decir, que este tipo no es realmente tipo; que no nace de costumbres mas ó menos arraigadas en el pueblo; que no ha pedido él mismo formarse hábitos particulares, y *sui generis*, y que no se le debe considerar sino como un fenómeno casual y pasajero, como un estado transitorio desde otro estado que existió hasta la muerte; en fin, como la negacion de todo estado, de toda posicion social, el juguete de la mas adversa fortuna.

En otro tiempo, á pesar de sus infinitas variedades, un fraile era entre nosotros un verdadero tipo; y sin descender á pormenores, se podian señalar ciertos caracteres generales de la especie, con que formar un cuadro verdadero y animado; pero un fraile que no es ya fraile, y que no ha pasado á ser otra cosa; un hombre acostumbrado largos años á un método de vida el mas regular y constante, entregado de repente á todas las vicisitudes de la mas angustiosa existencia; que vuelve á la sociedad despues de haberla abandonado, sin conocerla ahora, sin haberla conocido tal vez nunca; extraño enteramente á los hábitos de la vida comun; sin parientes, sin amigos; sin poder abrazar mas que una sola carrera, y esa humillada, pobre, perseguida; este ente, en suma, anómalo, indefinible ¿cómo le he de describir, cómo he de hacer de él un retrato parecido? ¡Imposible! Y así, Sr. D. Ignacio Boix, al repartirme este tipo que no lo es, ó ha cometido V. un error, ó se ha dirigido á quien no puede servirle. Exclaustrados hay, y no legos, á quienes hubiera V. podido dar con mas acierto este encargo, y que le desempeñarían á pedir de boca: porque al fin nadie pinta mejor sus miserias que uno mismo; y así como dió V. con su hombre cuando me encargó escribir el *Cesante*, puesto que lo soy, así debiera haber ido á caza de algun *Exclaustrado*, que á la fé no anduviera V. mucho sin encontrarlo, siendo especie que no escasea. Mas ya que no tuvo V. tan buena ocurrencia, yo he sido mas feliz; pues pensando en el modo de complacerle, la suerte me ha deparado la ocasion de saber la historia de uno de estos desgraciados por boca del mismo interesado; y así es que me limitaré á contarle á V. lo que me sucedió una de estas noches pasadas.

Discurría yo por esas calles, sin objeto y cavilando como me suele suceder, cuando llegué á uno de esos derribos que tanto abundan en Madrid, y en los cuales un ancho y desierto solar ha reemplazado al suntuoso convento que antes en él se elevaba. La no-

che estaba serena y clara; la luna en su mayor creciente, ostentaba su plateado disco en la bóveda celeste, y hallábase como suspendida en medio del solar que iluminaba con sus rayos, á manera de una hermosa lámpara, proyectando, no obstante, sobre el suelo las sombras de las casas contiguas y de los montones de escombros que aquí y allí se veian. Paróme tan solemne espectáculo, y púseme á contemplarlo. Mi imaginacion enardecida pintábame lo que habia sido aquel lugar, lo que podia ser algun dia. Reconstruía en idea el derribado edificio, sus anchos muros, sus labradas puertas, el dilatado claustro, la suntuosa iglesia y los adornados altares. Veia lucir en estos las encendidas luces delante de la imagen venerada, y al austero religioso haciendo en ellos su oracion, ó recogido silencioso en su celda, ó entonando en el coro sus místicos cantares. Creia oír el sonido grave y prolongado del órgano uniendo sus acentos al monótono himno de los cenovitas, y los ritos religiosos desplegaban á mis ojos su pompa, infundiendo en mi ánimo el temor profundo de la divinidad. En seguida, como en mudable kaleidoscopio, se presentaba á mi fantasia otro cuadro muy distinto. Al antiguo y ennegrecido convento, reemplazó un moderno palacio brillante con todo el lujo que pueden reunir las artes nacionales y extranjeras. Lucian al través de los anchos cristales numerosas bugías, y sonaba el animado acento de música deliciosa, interrumpida con los alegres gritos de los convidados. ¡Qué contraste, me decia yo á mí mismo! Donde antes se alzaba la pacífica morada del solitario, oprime el suelo ahora la mansion bulliciosa del poderoso. El estrépito ha reemplazado al silencio; la orgia al ayuno; la licencia al recogimiento; las danzas á la oracion, y los báquicos cantares á los himnos religiosos: ya no se eleva á los cielos el humo santo del incienso; sino los vapores del vino, el perfume de los manjares condimentados con las mas aromáticas especias; no discurren por esos ámbitos toscos sayales, sino ricos trajes de oro, seda y pederrias; no arden los corazones en el amor divino, sino que están abrasados con todas las pasiones mundanas; y acaso entre el festín y la algarazara, se engendran planes de esterminio, crímenes y catástrofes. ¡Ah! quizá los refinamientos de las artes habrán ganado en esta trasformacion; pero ¿le ha sucedido lo mismo á la religion y moralidad de las sociedades?

Embargado mi espíritu con esta idea, no habia echado de ver la figura pobre y estenuada de un infeliz, que sentado en una piedra, en medio del solar, lanzaba tristes ayes y alzaba las manos y los ojos al cielo. Sus lastimeros suspiros llamaron por fin mi atencion; parecióme que lloraba, y de repente le ví que se postó arrodillado: cruzando ambas manos, apretándolas contra el pecho, y multiplicando sus sollozos, exclamó: «¡Dios mio, Dios mio, piedad, compasion de mí!» Acerquéme enternecido, y hallé que era un anciano como de setenta años, cuyas canas, ancha calva y arrugado rostro le daban á la vez un aire desvalido y venerable. Su aspecto me movió á compasion, y acercándome á él le dije:

«Buen hombre, ¿qué tiene V.?—Ah, señor. contestó, una limosna por el amor de Dios á este pobre Exclaustrado.—¡Es V. Exclaustrado! exclamé.—Sí, señor.—¡Y anda V. pidiendo limosna!—Esta es la primera vez... Pero mi miseria ha llegado al estremo: la he sufrido hasta hoy... Hoy me faltó ya todo recurso. Vivía en una miserable boardilla, y su dueño me ha arrojado de ella porque no podia pagarle el alquiler... Soy viejo, no puedo trabajar, en ninguna parte encuentro asilo ni amparo... Há cerca de dos dias que no pruebo bocado... Esta noche resolví implorar la caridad pública... Mas al llegar aquí me sentí desfallecer, y tuve que sentarme en una piedra. En este sitio estuvo algun dia mi convento... Creí que

mi hora postrera habia llegado, y rogué á Dios que la abreviase, contento con morir donde tantos años habia vivido dichoso, donde siempre pensé exhalar el último suspiro.»—Al decir esto, nuevo desmayo acometió al infeliz: tuve que sostenerle, y con dificultad le pude hacer entrar en una tienda inmediata, donde, merced á los auxilios que se le suministraron, volvió en sí, y cobró algunas fuerzas. Luego que estubo ya en disposicion de andar; «venga V. conmigo, le digo, esta noche la pasará en mi casa, y mañana veremos si hay algun medio de aliviar su suerte.—¡Ah! señor, contestó, ¡Dios le recompense á V. tanto beneficio! Y haciendo mil estremos de gratitud, me siguió. Hicele servir una ligera cena y preparar una cama donde se acostó quedándose á poco profundamente dormido. Por la mañana, cuando me levanté, me maravilló el verle ya vestido.—No le admire á V. esto, me dijo; nosotros los frailes tenemos hecha la costumbre de madrugar mucho, y en rayando el alba ya no podemos aguantar la cama.» Halléle bastante repuesto, y entonces pude fijar la atencion en el traje que llevaba. Nada en él indicaba el sacerdote. Una levita negra muy vieja y raída, pero que habia cepillado cuidadosamente, le cubria el cuerpo flaco y estenuado: harto ancha para su escuálida figura, daba á conocer á la legua que no habia sido aquel su primitivo dueño, y utilizados los pocos botones que le quedaban, estaba abrochada hasta arriba para tapar, juntamente con un pañuelo del propio color que mugriento y roto rodeaba el cuello, lo sucio de la camisa que por falta de compañera no se habia mudado en mucho tiempo. Los zapatos ya se puede inferir el estado en que se hallarian, y el muy escaso servicio que harian al pié, el cual por otra parte, no conocia el uso de la media, pareciéndose solo en esto el actual equipage del ex-fraile á su antigua vestimenta. Nada diremos de los pantalones, ni del derrengado sombrero, pues en ambos se echaba, sobre todo, de ver la miseria del que los llevaba. No quise que el buen Exclaustrado permaneciera mas tiempo en tan inmundos trapos; y á pesar de lo que resistia, reemplazaron sus harapos otras ropas mias que, aunque viejas tambien, parecian, comparadas con las suyas, que acababan de salir de los talleres de Utrilla. Hecha esta mudanza, hice servir el almuerzo, concluido el cual, manifesté á mi huésped mi deseo de conocer su historia; y él, complaciéndome al punto, empezó de esta manera.

«Soy natural de un pequeño pueblo de Castilla la Vieja, y nací por el año de 1770; es decir á V. que paso ya de los setenta años. Mis padres eran unos pobres labradores, y tenian cinco hijos, de los cuales yo era el menor: de estos, el primogénito debía quedar con ellos para ayudarles á labrar su escasa hacienda; otro se metió soldado, otro pasó á Salamanca á seguir los estudios, mientras servia á uno de los catedráticos; el cuarto se embarcó para América á probar fortuna; y á mí me destinaron á entrar en un convento; pues ya sabe V. que antiguamente, como el hábito merecia tanta veneracion y respeto en España, y á veces conducia á muy altos puestos y honores, pocas familias numerosas habia en los pueblos que no procurasen tener un hijo fraile, porque siempre era esto para él una colocacion ventajosa, y para los demas parientes una honra ó un motivo de proteccion y de futuros medros. Llamáronme, pues, desde niño, en mi pueblo el *fraile*; vestíamne de hábitos, y siendo mas grandecito, de negro, con lo cual iba familiarizándome con la idea de mi futuro estado. A los doce años, sabiendo ya leer y escribir de corrido, pasé á Sepúlveda, en uno de cuyos conventos tenia un tío tambien religioso; y al amparo de él, estudié latin con el Dómine de la ciudad. Habia yo sacado tal cual ingenio, y no me faltaba aplicacion: así es que no defraudé las esperanzas que se formaban de mí,

hice bastantes progresos, y me hallé en disposicion de que al llegar la edad competente pudiese entrar de novicio en el mismo convento de mi tío; y cumplido el año, profesé con gozo general, así mio como de mis parientes. Vds. que no tienen idea de las costumbres de aquel tiempo, que están hechos á juzgar de las cosas por sus teorías modernas, y para quienes un fraile es por lo comun, si no un objeto de horror, por lo menos de desprecio, no pueden concebir ese júbilo que entonces se apoderaba de toda una familia cuando un individuo de ella tomaba el hábito religioso. Pero lo profundo y firme de la creencia, el aspecto de santidad que rodeaba al profeso, la paz temporal que su nuevo estado le aseguraba, los bienes espirituales que le prometia, todo presentaba esta felicidad como una de las mayores que se pueden apetecer, y engendraba ese gozo puro y ardiente que, teniendo algo de celestial, no se parece á ninguno de los que procuran los bienes de este mundo.

«Entré, pues, en la religion, y desde entonces solo pensé en cumplir exactamente con las obligaciones que aquella me imponia, en adquirir la instruccion necesaria para merecer los altos puestos de la órden, y en hacerme apreciar y querer de mis superiores. Logrélo, con efecto; y como por ser jóven entonces sentia mi alma los naturales impulsos de la ambicion, confieso á V. que mas de una vez soñé con que por fruto de mis afanes me veria algun dia honrado con una mitra, siendo el padre de una diócesis dilatada, sentado tal vez en la silla primada de España, cubierto de distinciones debidas á mi rey y al Pontífice, y viendo mi nombre celebrado en la patria y fuera de ella. ¡Vanas ilusiones, que pronto se desvanecieron, y que el tiempo y la revolucion han convertido al fin en espantosa miseria! No porque al pronto no sonriese la fortuna á mis ambiciosos proyectos. Cobré fama con mi saber y mis virtudes, virtudes que si no llegué á tener en el grado que el mundo las creia, procuré al menos adquirirlas: el púlpito y la cátedra me dieron nombre; este nombre corrió por las muchas casas de la órden; mis superiores me hicieron pasar sucesivamente á varias de ellas; fui elegido prelado en algunas; y últimamente, veia delante de mí el mas brillante porvenir, cuando la invasion francesa vino por primera vez á lanzarnos de nuestros conventos. Vivía entonces todavía mi hermano mayor; y hallé en su casa un refugio donde pasé toda la guerra, concluida la cual, y restablecidos los conventos, me tocó pasar al de Madrid, donde emprendí de nuevo mis ejercicios de predicacion, logrando siempre atraer numerosa concurrencia de fieles. Ya en aquella época, la edad habia entibiado algun tanto mis deseos ambiciosos: en el tiempo de mi exclaustracion, haciendo votos al cielo por el triunfo de la patria, prometí, en el caso de que me restituyese á mi convento, renunciar á todo cargo dentro y fuera de la órden, limitándome á los ejercicios de simple religioso; y así lo cumplí, aunque el aprecio de mis hermanos y del monarca me brindó con los honores cuya idea tanto habia halagado mi juventud. No tuve que arrepentirme de ello. La paz del alma, el contento interior, y la satisfaccion de mí mismo, fueron la recompensa de mi conducta. Los austeros deberes de la religion, llegaron á ser para mí, no solo una costumbre, sino tambien un placer; y el estudio y la oracion, me hacian feliz, llenando cumplidamente mis afanes. Tal era mi abnegacion, que apenas sentí el primer período revolucionario; y como ni mi órden ni mi convento fueron de los suprimidos en aquella época, continué en el mismo método de vida, y seguí, despues de la vuelta del rey, cada vez mas retraido del mundo, cada vez mas olvidado de todos. Ya la vejez habia encanecido mis cabellos y menguado mis fuerzas: con mas de sesenta años, solo pensaba en prepararme á la muerte que

en mi concepto no podía tardar, pero que Dios ha querido sin duda alejar todavía para purificarme con no conocidos trabajos. Un día, hallándome en mi celda entregado á una mística lectura, oí de repente un rumor extraño: llegaron hasta mí feroces alaridos, golpes horribles, tiros de fusil, y gritería como de pueblo amotinado. Salí para informarme de lo que era, y ví á todos los religiosos correr despavoridos por los claústros: cuál procuraba buscar un secreto asilo donde esconderse; cuál acudía á los altares á abrazar las sagradas imágenes; cuál herido por mortífera bala, caía ensangrentado á mis pies. Perdí el sentido á tan horrendo espectáculo, y quedé exánime. En tal estado pasé muchas horas, al cabo de las cuales volví en mí, y me encontré en una cama. Supe enton-



El Exclaustrado.

ces, por los que me asistian, que una cuadrilla de hombres furiosos habia penetrado en el convento, profanando la casa de Dios y asesinando en nombre de la libertad á sus ministros; que yo habia sido encontrado entre un monton de cadáveres; mas que notando los que me llevaban que no estaba herido, y que respiraba, me habian colocado en aquel lecho. Recuperado de mi desmayo, y cobradas las fuerzas, salí favorecido por la noche y por uno de los que me asistian, que era miliciano, de aquella santa casa donde tantos años pasára una vida pacífica, y donde pensaba dejar en eterno reposo mis huesos. El miliciano me llevó á la suya, y le debí larga y benéfica hospitalidad; pero el fruto de nuestras discordias civiles le alcanzó tambien, habiéndose movilizado per-

dió la vida en una emboscada; y yo me ví abandonado, sin amparo alguno, ni mas recurso que la escasa pensión no pagada que nos señaló el gobierno. En vano he buscado algun arbitrio, todos me han faltado: mi edad y miseria me cierran todas las puertas; apenas algun día que otro consigo decir una misa, cuyo escaso producto se concluye al siguiente. He solicitado un curato, pero me han dicho que soy ya demasiado viejo: mi débil voz no me permite subir al púlpito; lo deteriorado de mi ropa me hace rechazar por todos aquellos en cuya casa me presento para servir de ayo de algun niño; pudiera regentar alguna escuela, pero jóvenes mas audaces é intrigantes se llevan siempre las que pretendo; tenia esperanzas de que un grande me admitiese de capellan, mas disminuidas sus rentas por la supresion del diezmo, ha tenido tambien que suprimir esta plaza: adonde quiera que vuelvo la vista, no encuentro mas que abandono; y por fin, mi miseria ha llegado al punto que V. ha visto ayer noche.

«Esto es en cuanto á los trabajos corporales y penalidades de la vida. ¡Pero cuánto mas es lo que sufren mi corazón y mi espíritu! ¡Ah! no sabe V. lo que es arrancar á un hombre anciano de la condicion en que ha pasado toda su vida, y con la cual ha identificado todo su ser, para pasar á otra que le es totalmente desconocida, que está en oposicion abierta con sus costumbres, sus ideas y sus esperanzas. Figúrese V. al desterrado que desde el cielo dulce y templado de Andalucía fuese trasladado á los climas helados del Norte; que acostumbrado á respirar el perfume de las flores, el aura suave que corre entre los bosques de granados, viese solo en torno de sí, sombríos pinos y apretadas nieves, sintiendo todo el rigor de las escarchas: ¡cuán dolorosa seria para él tan horrible mudanza! ¡cuán llena de penalidades correria su existencia! Pues no es menor la diferencia que hay para el mísero Exclaustrado, desde el mundo pacífico y religioso del claústro al bullicio de este otro, mansion de crímenes, pasiones y miserias. Semejantes al emigrado, suspiramos siempre por volver á nuestra cara patria, á esa patria que nos habia adoptado, y en que estábamos como de paso para otra eterna y de inagotable bienaventuranza. Aquí todo es nuevo, extraño para nosotros; todo contraria nuestros gustos, nuestras inclinaciones. Echo de menos mi celda, aquella celda pobre, desnuda de adornos, sin mas muebles que una tosca mesa y dos sillas mal labradas, sin otra comodidad que una cama dura; pero mansion apacible que me habia acostumbrado á mirar como mi palacio; cuyo aseo era extremado; cuyas paredes ofrecian las imágenes de mi veneracion; y que si por dicha llegaba hasta ella el humo del incienso, ó en toco barro brillaba la flor recogida en el huerto, me ofrecia una fragancia para mí de dulzor inefable. El rumor que continuamente asorda mis oídos, me hace mas sensible la pérdida de aquel nunca alterado silencio, en que mi alma se recogia para entregarse á las dulzuras del estudio ó á los éxtasis de la oracion ferviente. Las horas de la noche en que me solian llamar á los ejercicios piadosos, las paso ahora en dolorosa vigilia, durante la cual huye el sueño de mis ojos y solo encuentro lágrimas en ellos. Ya no voy á cuidar del altar preferido, ni de la imagen que era mis amores, ni enciendo ante ella la lámpara que ardía con una luz celestial. Si oigo una campana me entristezco; porque no es ya la que arreglaba las acciones de mi monótona, pero apacible vida. Hasta el grosero sayal, si bien me servia á veces de cilicio, era una gala lujosa comparada con los harapos sucios que suelen cubrir ahora mi cuerpo descarnado. El alimento me parecia entonces el maná que el cielo me enviaba para prolongar mi vida consagrada á su servicio, llegando á horas marcadas, sin que me acosase nunca la idea de su falta, y ac-

tualmente, atormentado sin cesar con el afán de buscarlo cuando menos puedo hacerlo, ó no le tengo, ó le debo á la caridad agra. Ultimamente, muertos todos mis hermanos, sin parientes, sin amigos, sin una persona que se interese en mi existencia, me veo solo en medio de este torbellino de gentes que se agita al rededor mio como una horrible pesadilla; y mas poblada estaba á mis ojos la soledad del claustro, donde veia seres que estaban identificados conmigo, que tenian mis ideas, mis costumbres, que entendian mi lenguaje y me hablaban conforme á mis creencias, que me asistian en mis enfermedades, estando seguro que rogarian por mí cuando pasase á mejor vida. ¡ Ah! yo me habia acostumbrado á ver en ellos á mis únicos parientes y amigos; ellos reemplazan en mi corazón á mis hermanos muertos: su sociedad me era grata; su conversacion me distraia y enseñaba; juntos dirigiamos nuestras paces al Eterno, juntos comiamos, juntos nos paseábamos: las místicas discusiones eran nuestro recreo, las festividades religiosas nuestros espectáculos, los ecos graves y magestuosos del órgano nuestros conciertos. Cuando el altar resplandecia con mil y mil luces, cuando le habíamos adornado con verdes hojas y numerosos ramos de las mas bellas flores, cuando el incienso llenaba el ámbito de la iglesia, y aquellos acentos resonaban con religiosos himnos, y nuestras voces se mezclaban á la suave armonía, y veiamos á todo un pueblo humillarse ante el Eterno, entónces éramos felices, y no nos acordábamos de ese mundo que habíamos abandonado, y sus pompas y vanidades nos parecian despreciables. En el dia, separados, dispersos, perseguidos, muertos los unos, y estos son los mas dichosos, entregados los otros á la suerte mas adversa, solo queda el consuelo de que Dios tomará en cuenta nuestros padecimientos, y nos recompensará en la otra vida los males que por su amor padecemos en esta.»

Así habló el anciano, y dos abundantes venas corrieron por sus mejillas. Conoci entónces hasta qué punto debian llegar las penas de aquel desgraciado. Yo habia visto su miseria; pero no imaginaba siquiera los dolores de su alma, hasta que esta se hubo revelado á mis ojos. Consideré cuál seria mi estado si privado de repente de mi mujer, de mi hija, de todos los objetos de mis afecciones, de mi patria, y hasta de mis ocupaciones mas gratas, me viese arrojado á extraña tierra y en espantosa soledad, y midiendo por el mio la intensidad de su dolor, no pude menos de concederle una lágrima, maldiciendo la razon de estado que le redujera á él y los suyos á tan triste situacion, y culpando á los que no habian sabido ó querido hermanar los deberes de la humanidad con lo que esa razon y las circunstancias exigian. Templé no obstante mi dolor pensando que en una nacion religiosa como la nuestra, la caridad particular habria hecho lo que el gobierno descuidaba; que no á todos los infelices Exclaustrados les habia cabido una suerte tan lastimosa como el que tenia delante; que si bien muchos le acompañaban en su miseria, otros habian sido recogidos por parientes ó personas caritativas; que algunos mas jóvenes podian ejercer las varias ocupaciones que prescribe el sacerdocio, ó las que no son incompatibles con su sagrado ministerio; que no pocos pueblos los han admitido por sus párrocos; que la educacion de la niñez ha dado empleo á otros, y que todos, hasta los mas desgraciados, hallan consuelo y esperanzas en las creencias de una religion divina. Restábame solo buscar un medio de aliviar la suerte del que la Providencia habia traído á mi casa como para confiarle á mi solicitud; y ya que mi escasa fortuna no me permitia encargarme de su manutencion, tuve la dicha de hallar un colegio dirigido por un amigo mio, donde fue admitido para enseñar latinidad. Dedicado desde entónces á esta ocupacion penosa, mas para él agradable, ha sabido

grangearse el afecto de todos, y los niños, á quienes considera como sus hijos, le quieren y respetan. El director está muy contento con él, y confio ya en que el pobre Exclaustrado, cuyas necesidades son pocas, podrá concluir en dulce quietud y cómoda medianía los pocos dias que le restan.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

EL PATRON DE BARCO.

Así como los animales terrestres se diferencian mucho de los peces en organizacion, instintos y figura, así tambien la gente de la mar dista mucho en sus costumbres y caracteres de los que vivimos en estos socuechos desiguales é incómodos que se llaman pueblos y pudieran denominarse con mas propiedad cuevas ú hormigueros. La mar, ese movible y dilatado Océano llamado elemento hasta hace poco por una equivocacion de la ciencia, con sus olas azules y plateadas y sus blancas espumas, no puede menos de influir en los seres que surcan su superficie marcándolos con un sello peculiar y distinto, si hemos de dar crédito á lo mucho que en este siglo de progreso se escribe sobre influencias de las ciencias en las artes y en las costumbres, de la legislacion en el teatro, y de la moral en la física, en lo que suele ballarse alguna que otra verdad y sobra de fantasia.

Es preciso, pues, que á mí tambien se me conceda la influencia del mar en todo lo que toca, para que pueda escribir un artículo que se llame hoy filosófico, ya que se dá este nombre á todos los escritos en que se trata de influencias, por mas que ni Aristóteles, ni Platon conociesen este nombre prodigioso, emblema de la filosofia moderna. Suponiendo desde luego la influencia del mar ó del diablo, que tanto vale sea el uno como el otro, lo cierto es que el Patron debe ocupar un lugar muy distinguido entre los tipos españoles por ser original en sus usos, trato y caracter, como se verá en este bosquejo que ofrezco al público.

No es mi ánimo molestar á mis lectores dándoles á conocer el origen del tipo que intento describir; notorio es, que se pierde en la oscuridad de los tiempos mas remotos, pues por lo menos es tan antiguo como Noé, el primer Patron del mundo, á quien no pueden negarse los honores de la inteligencia en este ramo, cuando en tormenta tan deshecha como el diluvio supo conducir una nave de aquel tamaño.

La infancia de los que se dedican á la marinería es poco mas ó menos como la infancia de los demas hombres, con todas las miserias y ventajas de la edad, si se exceptúa la pobreza en que suelen aquellos criarse; pobreza nada agradable, pero que los hace ágiles y fuertes para el trabajo. Mas apenas llegan á la niñez, cuando en vez de entretenerse jugando en los barrios con los de su edad, acostumbran dedicarse á coger en las playas algunos mariscos para comerlos; aficion primera y natural que pasa luego á ser una especulacion mercantil como otra cualquiera, vendiendolos por las calles, cuando creciendo en años y en necesidades el niño, se va ensanchando en rededor el horizonte de sus deseos.

Allí, en las solitarias orillas del mar, al rugido de las olas y de los vientos, es donde se engendra la verdadera aficion á las navegaciones: lenta y sosegada en su origen, como todos los sentimientos humanos, se convierte luego en una pasion irresistible que decide el porvenir de la vida. Reunido el niño en la playa con otros compañeros, descalzo y casi desnudo entre las rocas halla en aquellas arenas todo su universo. Los mariscos entretienen su hambre, interin llega la hora de la frugal comida que en su casa le preparan; los guijaros del mar le sirven de armas, y muy en breve le enseñan sus compañeros á manejarlas con destreza; las piedras le dan asiento, y la

custodia de algun barquichuelo que deja el dueño en la orilla al muchacho, le dan el derecho á pedir un pedazo de pan, cuyo valor solo conoce el que ha sabido ganarlo en la soledad de las playas. En ellas es donde se desarrollan los miembros del niño con las continuas carreras y violentos ejercicios, y donde se adquiere aquel temple de alma que se necesita para luchar brazo á brazo contra las borrascas.

Los baños frecuentes que se dan sin prévio dictámen facultativo, mal que pese á Hipócrates y Galeno, son otros tantos ensayos cuyo ejercicio asegura algun día su salvacion en medio de los mayores peligros, y el arte de nadar se aprende allí sin arte por solo los impulsos de la naturaleza. Estos niños que pasan en el agua una gran parte del día en las estaciones templadas, carecen ordinariamente de aquellos principios de educacion que reciben las clases mas pobres. Sus planas son las arenas donde trazan algunas líneas y muñecos con algun chinarro, y sus libros el espejo cristalino de las aguas que nada dice á sus jóvenes inteligencias; si bien habla mucho á sus corazones con la ferocidad de sus rugidos.

Así pasa la niñez de los marineros, si se exceptúan algunos que teniendo padres adelantados en la profesion, aprenden á leer y á escribir mal, y esta es la aristocracia de la clase marinera; que tambien existe ese poder en la baja clase, á semejanza del mar donde se encuentran largas ballenas y mezquinos camarones; sin que obste este ejemplo á los naturales é imprescriptibles derechos del hombre, tan defendidos por algunos encopetados publicistas. Feroces, desmoralizados por lo comun, dan una idea clara de lo poco que valen los instintos sin educacion, verdad que se aprende en todos nuestros puertos, y que como tal la publicariamos, si el celebre romanticismo no lo prohibiese á boca llena.

Pero al fin, mientras que el genio sin ayuda de las reglas disparata que dá gusto oírlo, vá creciendo el marinero y ya empieza á navegar bien en el barco de su padre, si lo tiene y es Patron, ó en el de alguno que lo recibe, digámoslo así, como meritorio de aduana. Entonces comienza para él una nueva época: ya zagalon, como vulgarmente le llaman, entra en el aprendizaje por medio de los cortos pero frecuentes viajes, y vá tomando alguna parte en las faenas á medida del aumento de sus fuerzas. El sube á echar rizos á la punta del palo cuando es necesario, saca el cubo á la gente que se marea, y se encarga de hacer algun mandado cuando se salta en tierra, lo que le vale unos cuantos cuartos para gastarlos en la taberna. Con una mala camisa, un pantaloncillo de paño burdo que apenas le baja de las rodillas, una descomunal faja y gorro encarnado, desnudas las piernas y descalzo, sin mas abrigo en lo bajo que la influencia atmosférica, á guisa de perro de aguas, se va ensayando con un remo de muchas varas en la mano, y semejante á algunos de nuestros oficinistas, siempre registrando papeles que no saben leer, no hace cosa que de provecho sea á pesar de la gran cantidad de fuerza que pone en juego para producir el movimiento del barco.

De aquí en adelante, creciendo en años y en inteligencia, y añadiendo nuevos trabajos á los antiguos, se hace marinero, y ya se observa en su fisonomía y en su traje el aire particular que á esta clase distingue, hasta que la suerte próspera, sin mas razon que la casualidad ó el capricho, lo levanta de la miseria, como otros muchos que nada deben á la mar, y con un capitalito reunido decide comprar su barco.

No todos los que se dedican á esta profesion llegan á ser Patrones, como tampoco todos los empleados de rentas llegan á ser intendentes, ni todos los diputados ministros, ni todos los revolucionarios dictadores. Hay muchos marineros viejos que amarrados al remo, como lucéldo á la roca, pasan su vida siem-

pre en *boga*, puesto que no cesan de bogar, y su fin suele ser la miseria ó la entrada en alguna casa de misericordia, como existen empleados cesantes, diputados sin esperanzas de ser ministros, y tribunales que mueren en los cadalsos. Pero al fin el que llega á ser Patrón ya puede contar con una suerte mas descansada, si existe algun descanso en la miserable condicion humana.

La vida de estos hombres es muy vaaiada segun los diversos rangos que no en la sociedad, sino en la mar ocupan, dedicándose unos á la pesca, otros á la conduccion de efectos y algunos á llevar pasajeros en cortas travesías. Estos últimos, como que tienen ocasion de tratar con personas tan diversas en sus continuos viajes, son los que ofrecen mas variedad en sus costumbres, especialmente en Andalucía, donde compite la gracia que allí llaman *zaleo* con el calor y viveza de una fantasía siempre exaltada. Ninguna de las personas que jamás haya salido de Castilla ó de estas provincias del centro de España, acostumbrado á ver la gravedad y silencio con que se van acomodando nuestros pasajeros en las diligencias, pudiera formarse una idea del bullicio y algazara que acompañan á los viajes por mar del Puerto de Santa María á Cádiz en la corta travesía de dos leguas.

No bien llega al muelle cualquier pasajero, cuando se vé cercado como por encanto de una multitud de marineros que le dan prisa para que se embarque, empleando cada cuadrilla todos los medios que están á su alcance para llevárselo consigo, mientras los Patrones están en segundo término, y solo salen á la escena cuando se presenta alguna familia numerosa ó gente de alta alcurnia, de la que espera un buen flete ó agasajo. Los medios, las industrias que allí se ponen en juego para llevarse al transeunte, son mas bien para vistas que para contadas, acomodándose fácilmente á la clase y capacidad de los viajeros. Si es una señora viuda, ó viene sola, se lleva casi como por fuerza con cierto aire de galantería, le dan la mano al bajar el muelle á satisfaccion de la interesada; si un señor marqués ó un buen capitalista, se le llama padrino aunque sea un renegado; si es algun exclaustro, se le trata con una gravedad que raya en devocion, mientras el Patron con voz sonora dice á los marineros fingiendo gran prisa «muchachos, vámonos que ze bá er biento:» á este grito se nota gran movimiento en los marineros que están dentro del barco, unos toman las palancas y otros recogen los remos, lo que dá un rayo de esperanza al paciente viajero que se lleva aguardando dos y mas horas embarcado esperando el momento de la marcha, que con tanto estrépito se anuncia y segun tarda nunca llega. En esto van los marineros embarcando á todo el que pueden, y apenas aparece alguno que tiene trazas de viajero, cuando grita desde la proa un muchacho ágil y de escelentes pulmones que hace medio día está con la palanca en la mano en ademán de botar el barco «á Cai mos bamos, á Cai: anden oztes zeñores que ze ba el barco y ze quedan entierra.»

A fuerza de las repetidas quejas de los pasajeros comienza el barco á moverse hácia adelante, mas á cada bulto que aparece en el muelle, vuelve aquel atrás para recogerlo entre el descontento y las voces de los que ya se creian en marcha, hasta que al fin se embarca el Patron y todo camina con mas ó menos rápido progreso segun sopla el viento, lo que tiene alguna conexion con nuestro desgraciado pais, donde progresan mas ó menos las fracciones políticas segun soplan los vientos de los destinos.

Vestido el patron con un chaqueton de paño burdo, con su sombrero calañés y faja encarnada, y medias y zapatos, poco comunes en los marineros, marcha sentado en la popa con el timon en la mano dirigiendo la maniobra. Su aire es grave, su hablar sentencioso, tomando muy poca parte en las anima-

das conversaciones de la reunion, como hombre de gran importancia, y dejándose caer de vez en cuando con alguna decision oportuna sobre el asunto de las generales discusiones. Continuamente preguntando sobre la duracion del viaje, la bondad ó malicia de la mar y algunos pronósticos del tiempo, que caen bajo el dominio de su inteligencia, contesta á todos con oportunidad, pero sin extender sus palabras mas allá de lo que exigen las preguntas, y usando siempre de las voces técnicas de su oficio, como el Médico á palos, que hablaba en griego para mayor inteligencia de sus oyentes.—Diga V., señor Patron, prorumpe la exánime señora en tono compungido ¿estaremos á las ocho en Cádiz?—Segun el *marage*; si sopla el sudoeste llegaremos cuando Dios quiera, á no sé que entremos antes é lo rigulá de bolina.—Pero Patron, todavía falta una hora para las ocho. A esta pregunta nada contesta; pero su misterioso silencio despierta el interés de la interpelante: ¿Y á las ocho y media?—Con Dios: vamos, curro, toma un rizo y tú, Pepe, caza er trinquete que tenemos viento.

Despues de haberse hecho algunas preguntas que no han merecido respuesta del aristócrata Patron, echa un cigarro y comienza á tararear alguna cancion marina con mas calma que oído y buen gusto. Cuando se acaba el viaje que suele durar poco mas de una hora, sin contar los ratos que pasan en el barco antes de la marcha, el Patron se encarga de dar la mano á las personas mas notables para que salten en tierra, saludándolas con cortesía, é indagando como quien no quiere la cosa si piensan regresar pronto para conducir las á la vuelta. Toda la indolencia y apatía de los Patrones para la salida en busca de los nuevos pasajeros, se convierte en una celeridad increíble cuando algun caballero ó familia que trae prisa le fleta el barco. Entónces á la mas leve insinuacion del viajero se pone en movimiento la tripulacion; siendo tan grande la agitacion general de los marineros, cuanta diferencia hay entre una peseta que paga cualquiera á dos duros que cuesta el flete segun costumbre.

Los Patrones no son aficionados á las riñas; sin embargo, una vez metidos en danza, no ceden tan fácilmente: su language es áspero é incorrecto, pero siempre grave y aristocrático. Sus casas, que mas bien parecen embarcaciones segun los muchos cordages, garruchas, remos, palancas y demas útiles que del oficio allí se encuentran, son pobres y de mal aspecto, siendo muy contados los Patrones que llegan á hacerse ricos. Desprendidos en demasía y aficionados por lo comun á lo que llaman *trifulcas*, gastan con facilidad en las tabernas lo que les produce el pasage; allí suelen naufragar muchos marineros con mas frecuencia que en el agua; que tambien se naufraga en tierra y no pocas veces en la original Andalucía. A estos gastos deben agregarse los que se consagran al culto que se tributa á esas diosas en cuyos altares se quema oro en vez de incienso, y que son tan numerosas en aquellas tierras, si hemos de dar crédito á los dichos del vulgo.

Los Patrones mantienen generalmente una dilatada familia, pues como poseedores de un capital se entregan con frecuencia á las dulzuras conyugales. Sus hijos siguen casi todos la misma profesion, que no es una cosa cualquiera, adquiriendo tambien la honradez de su padre, quien por tener áspero trato y grotescas maneras no carece de cierto fondo de pundonor que le caracteriza, si se esceptúan los engaños é intrigas que trae consigo la carrera; ni son de extrañar semejantes modales que se avienen mucho con los movimientos y rugidos del mar, el que á pesar de tantos siglos como lleva observando las populosas ciudades que nacen, se civilizan y mueren en sus orillas, todavía permanece en su estado natural y salvaje, y seguramente no le faltará alguna razon para ello.

A imitacion del dilatado Océano, no varia el Patron

tan fácilmente sus usos; las mismas costumbres de ayer son las de hoy: para ellos no son los siglos herederos de los conocimientos de otros siglos; pues siempre permanecen en el mismo estado á pesar del tiempo y las costumbres. No se viste el Patron los dias festivos como el albañil, ni celebra los lúnes como los zapateros; siempre en movimiento, es raro el dia en que no viaja, por lo que la buena ropa queda reservada para una semana santa ó un *Corpus Christi*, en cuyas fiestas salen á volar todas las notabilidades que existen en los armarios. Entónces se pone el Patron un pañuelo punzó al cuello, pantalón ancho y zapatos de becerro blanco con una chaqueta y capa nuevas de paño azul, si es invierno, y que suele durar algunos soles como dura en el mundo todo lo que poco se usa. En esos dias se visitan mas de una vez las tabernas, pues un par de docenas de cañas de manzanilla son condiciones *sine qua non* de la celebridad de ciertos actos. Los dias mas notables perderian para los Patrones toda su solemnidad si no lo revelara el agradable calor del estómago promovido por el hirviente vino, y el no menos agradable retintín del choque de los vasos en los brindis de ordenanza. Por supuesto que en tales ocasiones no se come en casa; es forzoso disfrutar de los amigos, y partir con ellos la mesa en alguna tienda ó ventorrillo.

No es el Patron tacaño en sus correrías, antes bien, gasta cuanto tiene con sus compañeros, como toda la gente de mar, lo que es una cosa bien maravillosa cuando tanto trabajo cuesta gastar un ochavo á nuestra gente de tierra. Seguramente el mar debe ser muy desprendido, pues que tan buenas lecciones da á sus habitantes, y así lo justifican las nacaradas y prodigiosas conchas que lanzan sus olas en la ribera.

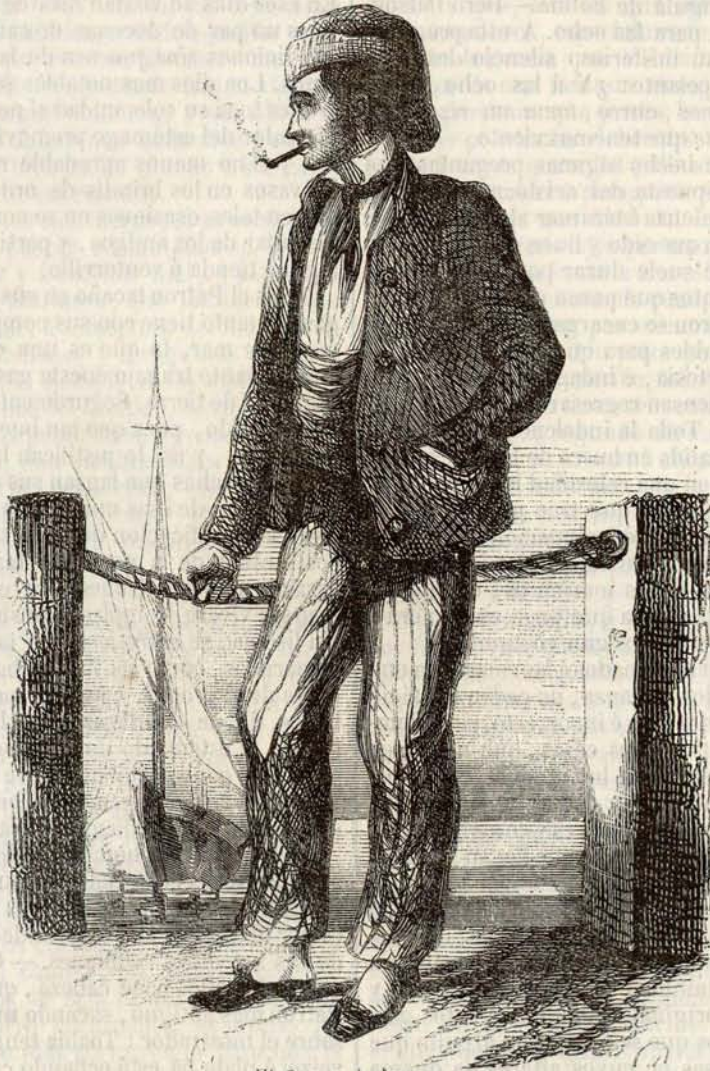
En medio de esas numerosas reuniones consagradas á la santificacion de las fiestas, segun las rancias costumbres de la gente marina, es donde reluce el carácter de los Patrones. Grave pero agradable, chistoso sin viveza, complaciente sin afectacion, y amigo sin lisonja, se entretiene con la conversacion de sus camaradas, como les llama, hasta el punto de olvidarse de sí propio, con una sonrisa tranquila en los lábios, donde se reflejan todas las simpatías de su corazón. Al estruendo de los vasos y botellas giran mil animadas conversaciones entre los que se pronuncian los nombres de sus *jembras* con aquella emocion que sienten los hijos ardientes de la hermosa Andalucía.

No siempre son hombres solos los que se reunen; algunas veces lleva cada uno su *gachona*, y entónces las comidas son mas animadas y duraderas. Curioso es por demas oír las palabras de los marineros en una de sus solemnes reuniones. — Camaraás, exclama el que entre ellos hace cabeza, que por lo comun es el Patron mas antiguo, sacando un peso que hace sonar sobre el mostrador: Toavía tengo yó aquí seis maraveizej é plata pá está echando combiaáj jazta que demojá la bela. — Oiga ozté, replica una moza tirándole de la patilla: la combiaa le toca á zeñó Cayetano, y si no aquí eztán una moneas que aunque é luto jarán bení laj cañaj. — ¡Biba é rumbo salero! exclaman los mozuolos entusiasmados. — Miuzté, prenda, que aonde eztá er Patron Juan Perez naide fondéa er borsiyo; montañej, la combiaá por mi cuenta. — Puej bengan laj cañaj. — Bengan de aí. — Poco á poco, dice un mozuolo deteniendo á los que ya se preparan á empinar los vasos. Naide lo güela jazta que la Maria no noj diñe una rasion de música. — Bueno questá, contesta el condescendiente Patron; éa, muchachoj, bamojayá. Y al choque de los vasos y al estruendo de las palmadas entona Maria unas sentidas playeras, arrancando con ellas mas aplausos en la taberna del tío Miñarro, que la Malibrán en el teatro de la gran ópera italiana en Paris. El fin de todas estas jaranas es el sueño mas ó menos prolongado, segun la cantidad de licor que cada uno tiene en su estómago, lo que se

llama en términos técnicos dormir la *mona*, y no pocas veces pagan las mujeres propias, al llegar á sus casas los marineros, las culpas y desdenes de las extrañas. Mas hoy que la paz de los matrimonios, como antigualla que no está en uso, solo se encuentra en los libros de moral, y no hay cosa mas comun que la entrada de un marido borracho por su casa tirando los trastos á su mujer, no ofrece esto novedad para un artículo de costumbres.

Donde verdaderamente se comprende el carácter del Patron, donde se admira toda la extension de su genio, no es en las tiendas de vino, ni en un viaje de mar en calma; es preciso verlo y estudiarlo en la tempestad para saber apreciar todo su valor y entusias-

mo. Cuando el huracan furioso levanta un mar en cada ola, cuando cargado el cielo de nubes parece juntarse con la tierra, entónces el Patron, semejante á un ser fantástico, sobrenatural, aparece en toda la extension de su original carácter. De pié en la popa, y llevando el combatido timon en ambas manos, repasando las espumosas olas con los ojos desenchajados, que parece sondear los abismos del Océano, expresando en su atezado rostro los sentimientos del alma, se aumenta su denuedo y osadía á medida que va creciendo el peligro, y sin desmayar un momento, mantiene con sus furibundos y desentonados gritos á toda la tripulacion horrorizada. Firme como una roca en medio de los continuos vaivenes de la embarca-



El Patron de barco.

cion, manda toda la maniobra con los ojos, los gestos y las voces; y cuando el miedo va sobrecogiendo todos los ánimos, impávido y sereno alza al cielo la frente mas severa y encolerizada que el mar que le rodea. A cada rugido de las olas responde con un grito espantoso; él habla á los aquilones, á los mares, á los cielos, y al inflamarse su frente con la luz del relámpago, al escuchar el estampido del trueno, el silbido del rayo que se precipita á sus piés entre las espumas, desafia lleno de cólera á todos los elementos. Las aguas le arrebatan el timon y la arboladura del barco; le estrellan contra los escollos; deshechos fragmentos vagan á merced de las ondas, y en medio de las voces y gemidos de los náufragos, habla, lucha brazo á brazo con la muerte, hasta que una montaña de agua le sepulta para siempre, ó mas afortunado llega á fuerza de trabajo á la desierta ribera.

En este último caso ofrece su carácter otro cuadro

tan digno de estudiarse como el anterior. Apenas toca la tierra, la besa con entusiasmo, y recostado sobre las arenas, con la mano en la mejilla, el rostro pálido y macilento, los ojos melancólicos y fijos en los últimos restos del bajel que sobrenada á lo lejos, demanda á las aguas su perdida fortuna, y una sonrisa amarga entreabre sus lábios al ver desaparecer el lejano fragmento de su barco. « ¡Adios!!! » exclama entónces, y un raudal de lágrimas recorren sus mejillas al pensar el triste porvenir que aguarda á su amante esposa y sus queridos hijos. En esta situacion es donde repasa en su memoria los trabajos y fatigas que le proporcionaron aquella aniquilada fortuna, los continuos peligros de las navegaciones, las privaciones de una existencia consagrada á tan penosa profesion, su edad que ya toca regularmente en el último tercio de la vida, la dificultad de volver á poseer un nuevo buque, y en lo mas profundo de aquel corazon

insensible á las mas r cias tempestades se derrama toda la hiel de los dolores, y acusa al mar de bárbaro porque no le sepult  para siempre en los abismos.

Mas esta desesperacion pasa como pasan todas las violentas pasiones; como pasan los hombres unos tras otros sin dejar apenas señal de su existencia, y despues de haberse consolado en los brazos de su familia, vuelve   la mar   los pocos dias trabajando de marinero otra vez lleno de las mas lisonjeras esperanzas. El claro espejo de las aguas ya tranquilas le hace olvidar sus pasados tormentos, y el instinto irresistible que arrastra al desgraciado   las navegaciones, le mantiene siempre en su ejercicio sufriendo los duros contratiempos de la suerte.

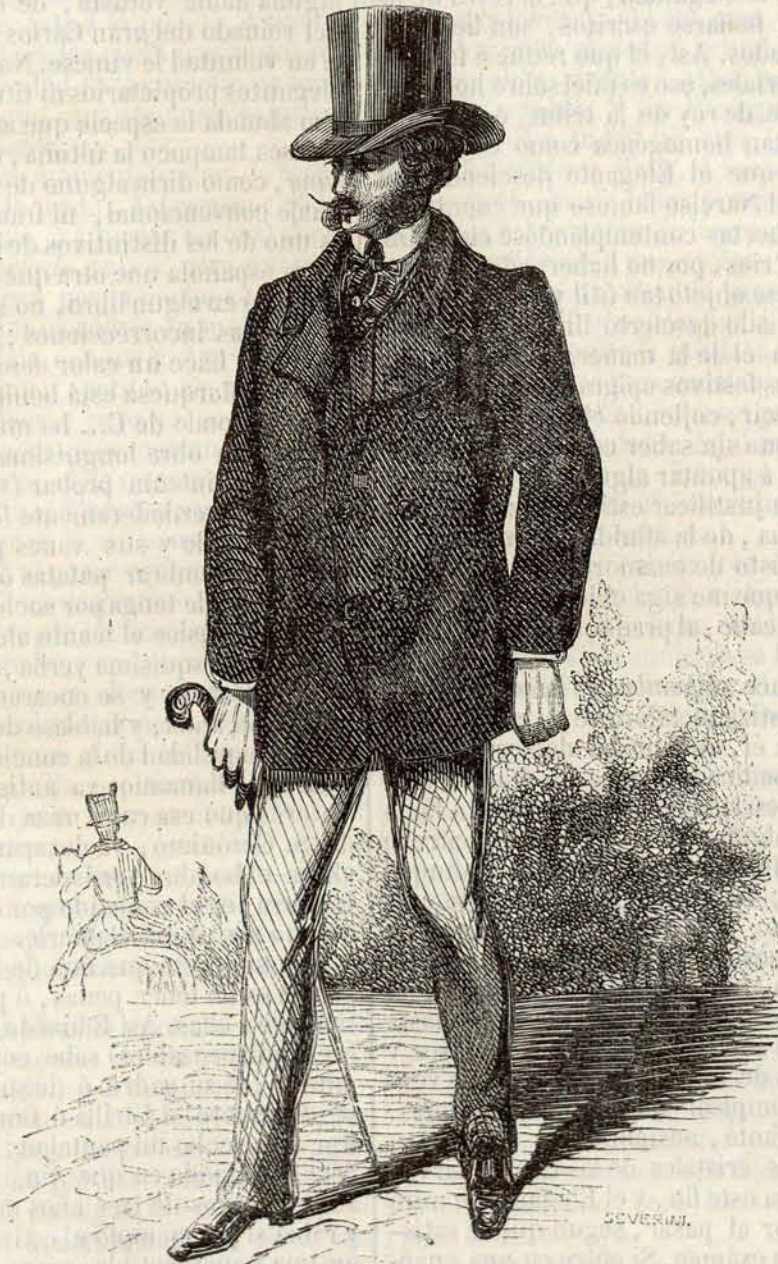
Son pocos los Patrones de barco que llegan   acumular grandes riquezas, ya por el desprendimiento con que esta gente gasta lo que gana, ya por las pérdidas y averías que sufren en sus viajes. Su vejez es generalmente tranquila por la union que reina en la gente de mar, que les prohíbe desatender   los suyos en sus frecuentes necesidades. Retirados entónces   sus casas y viviendo de sus ahorros, si los tienen,   de la caridad de sus compañeros, van pasando sus postreros dias en la oscuridad de una vida retirada.

Mas es tanto el influjo que ejercen en el hombre los hábitos adquiridos, que es muy raro el dia en que no vayan estos infelices   echar sus paseo al muelle, viéndose algunos que en medio de sus muchos años, y sostenidos sobre dos muletas, se entretienen en mirar los barcos que salen y responder   las consultas de los jóvenes en casos imprevistos y dudosos.

El respeto que les tributan los marineros los pone   cubierto de ser el juguete de los pilluelos de calle, siempre en contradiccion con la ancianidad doliente, y las alabanzas de los suyos les hacen merecedores del aprec o público.

Este es uno de los fines mas halagüeños   que conduce la navegacion; algunos Patrones perecen en el mar, otros quedan inútiles   fuerza de trabajo, y muchos se ven obligados   recurrir   la caridad pública acabando su triste vida en los hospitales. Contados son los Patrones que abandonan su profesion; el mar es el verdadero elemento de estos hombres: solo una absoluta escasez de trabajos en la marina los puede obligar   que la abandonen, y es muy frecuente verlos volver   sus antiguas tareas apenas cesan las circunstancias que los separaron de ellas.

SEBASTIAN HERRERO.



El Elegante.

EL ELEGANTE.

 VEDLE ahí! Ese es! El mismo que años atrás, all  en vida de nuestros abuelos, se llamaba *señorito de ciento en boca*, *pirraca* y *paquete*; el que mas tarde,

y cuando nuestros padres enamoraban, troc  estos nombres por los de *petit-maitre* y *currutacos*; el mismo en fin, que aun nos acordamos de haber oido apellidar *lechuquino* en época no muy lejana por cierto. Hoy esta nomenclatura de *El Elegante* ha progre-

sado admirablemente; hoy, merced á lo que el idioma de Mariana, de Leon y de Herrera se ha enriquecido, el antiguo *pirraca*, el moderno *techuquino*, puede escoger entre una porcion de títulos, á cual mas pintoresco y castizo, como *Dandy*, *fashionable*, *leon*, ó por mejor decir, *lion*, si hemos de hablar técnicamente: pero así como diz que el hábito no hace al monge, tampoco el título importa un bledo para el tipo, que con el trascurso de los años ha cambiado de traje, mas ni un punto solo en sus inclinaciones, costumbres, ideas, *mision* y carácter.

Hay voces en nuestra lengua á las que no se les dá comunmente su acepcion propia y natural: *Elegante*, segun el diccionario de la Academia, quiere decir *hermoso*, *galan*, *bien hecho*; y soberanos chascos se llevará el que tomando esta explicacion al pié de la letra, busque todas esas cualidades en los seres que bullen en nuestra sociedad, y á los que se les aplica el adjetivo en cuestion.

El *fashionable*, el *leon*, puede ser alto ó bajo, feo ó bonito, espigado ó rechoncho, tuerto ó jorobado, moreno ó rubio, sin que por eso deje de pertenecer á la especie indicada: lo que importa es que se dedique dia y noche á justificar el dictado con que se honra y envanece; lo que importa es que no falte á ninguno de esos preceptos de la elegancia, que al revés de las constituciones, sin hallarse escritos, son fielmente cumplidos y observados. Así, el que reúne á las ventajas físicas las materiales, eso es miel sobre hojuelas, y podemos calificarle de rey de la tribu, ó de presidente de república tan homogénea como compacta.

Yo tengo para mí que el Elegante descende por línea recta de aquel Narciso famoso que cuentan se pasaba las horas muertas contemplándose en la *Lampida* corriente de los rios, por no haberse descubierto todavía en Venecia ese objeto tan útil y querido de las hermosas, como odiado de cierto linage de gentes que suelen verse en él de la manera que los pintó Iglesias en uno de sus festivos epigramas. Y tornando un poco atras, es decir, cojiendo el hilo desde antes de esta digresion, que sin saber cómo se me ha venido á la pluma, voy á apuntar algunas de las razones que me ocurren para justificar esta tal vez maliciosa é infundada sospecha, de la afinidad de mi tipo con el que tuvo el mal gusto de enamorarse de sí propio. Para esto forzoso es que me siga el lector á la vivienda del Elegante, á la calle, al prado, á las sociedades, á todas partes.

Lo primero que hace el *hombre de buen tono* (que tambien por esta castiza metáfora se le conoce), en cuanto amanece para él, que no ha de ser antes de las doce del dia, es pedir un espejo. En él observa si sus bigotes se han desrizado, si el cabello está lácio y descompuesto, si algun pelo de su barba se atreve á sobresalir mas que los otros. En seguida, y aunque en bata y pantuflas, se contempla delante de otra luna de cuerpo entero, que reproduzca el suyo en toda su esbeltez y donosura, si tal fortuna logra. En el gabinete, en la sala, hay espejos por do quier; en la chimenea, en el tocador, sobre las mesas, y hasta en los peines con que se alisa sus bucles sedosos y perfumados. Despues de la prolija operacion de vestirse, en que suele emplear no mas que tres horas, sale erguido y rozagante, ansiando por reflejar su perfilada imágen: los cristales de las tiendas sirven maravillosamente para este fin, y el Elegante se mira con delicia ó con dolor al pasar, segun que le satisfaga ó no aquel rápido exámen. Si entra en una guantería, en una peluquería, ó en un café, nuestro hombre se extasia en la admiracion de sí mismo; si se para delante de una hermosa en algun baile, es para que le sirva de disculpa á las miradas que dirige al trémol inmediato, y que muchas veces le presta una osadía inexplicable. Por último, no es extraño ni sorprendente encontrar *dandys* que lleven un diminuto espejo

pegado en la copa del sombrero por su parte interior, ni otros que se examinen en la sombra, si cosa mejor no encuentran á mano.

Justificado el extremo que me propuse, hora es ya de describir lógica y ordenadamente mi tipo en todas sus diferentes faces: tarea ímproba por cierto y no nada propia de fuerzas tan débiles y escasas, aunque tanto se presta el asunto, que pienso, si no salir airoso, no quedar al menos de todo punto desairado.

El *Elegante* es el hermano legítimo de la *Coqueta*: bastará para probar este aserto con asentar que una de sus primeras cualidades, la que mas le lisonjea y le solaza, es la de *Coqueton*; mas cúmpleme poner en evidencia los demas puntos de contacto que los dos entre sí tienen: ambos son esclavos de la moda, ambos la tributan el mas rendido culto; uno y otro tienen iguales deberes, idéntica vida y semejantes ocupaciones. Ella como él se consagran al placer en todas sus variadas formas; él como ella usan á las veces de los mismos medios, si bien no para lograr el mismo fin.

El verdadero *dandy* no es empleado, militar, contratista, banquero, ni abogado; no es mas que *dandy* pura y simplemente, y así deberia constar en el padron del alcalde del barrio. Con frecuencia es un misterio la historia de su lujo y de su boato; y quizás alguna dama vetusta, de esas que aun se acuerdan del reinado del gran Carlos III, pudiera narrárnosla, si en voluntad le viniese. No es esto decir que no haya elegantes propietarios ni títulos; al contrario, si mucho abunda la especie que antes hemos indicado, no escasea tampoco la última, que es la legítima, la *pur sang*, como diria alguno de sus individuos en ese lenguaje convencional, ni francés ni castellano, y que es uno de los distintivos de mi tipo. Así, á cada palabra española une otra que aprendió en sus viajes, ó que leyó en algun libro, no siendo extraño que cometa algunas incorrecciones, tales como:

— Hoy hace un calor *desolant*.

— La Marquesa está bonita como una *pepinière*.

— El Conde de C... ha muerto de *migraine*.

Hay una obra longuísima, y rebosando filosofia, en que se intenta probar (y yo no sé si prueba) que el hombre verdaderamente feliz es el que desengañado del mundo y sus vanas pompas toma el portante y se va á sembrar patatas ó coles, en algun rincón lejano, donde tenga por sociedad las cabras y los ciervos, por música el canto alegre de los pájaros, por lecho la fresquísima yerba, por techo la bóveda celeste. Nárranse y se encarecen allí los goces y fruiciones del alma, y háblase de la quietud del espíritu, de la tranquilidad de la conciencia, y de otras muchas cosas que llamamos ya antiguallas en nuestro siglo. Yo creo que esa casta raza de filósofos de la especie de S. Gerónimo, va desapareciendo por dias, y que ahora el hombre verdaderamente feliz que existe en la tierra, es el conocido por *dandy*, *fashionable*, *leon* ó como nos plazca llamarle.

Por supuesto que uno de los preceptos de la elegancia es no tener penas, ó por mejor decir, ser insensible á ellas. Así Eduardo, Julio, ó Enrique (nombres indispensables) sabe con resignacion estoica la muerte de su padre ó de su hermano; y en cambio se desespera si Utrilla ó Borrel le sacaron ancho un frac ó estrecho un pantalon: así, lee sonriendo el billete perfumado en que Amalia ó Eloisa le retiran su amor despues de tres años de relaciones, y se aflige y rabia si por ejemplo el estirado guante amarillo forma una imperceptible arruga. El Elegante hace, pues, profesion de escéptico y de positivo, aindá mais, de seductor y de irresistible. Si por casualidad alguna mujer no acoge benévolamente sus pretensiones, dice á todo el mundo con envidiable candor: «¡Es extraordinario! ¡Sin duda me han puesto mal con ella, ó no me ha mirado bien!»

La vida del *fashionable* es lo mas divertido que pue-

de darse; á las doce se desayuna; en seguida se viste y á las tres sale; si es invierno al Prado, si es estío á la calle de la Montera á oír lo que se miente, ó á tomar parte activa en tan sabrosa ocupacion. Esta es la hora tambien de las visitas, de esas deliciosas conferencias, en que el calor y el frio se discuten con una variedad y una elocuencia pasmosas. ¡El Prado!.. Hé ahí uno de los sitios donde mas á sus anchas campea y brilla mi tipo: ya guiando un ligero tilbury ó una preciosa *briska*, hace admirar su soltura y su gracia; ya muellemente recostado dirige miradas fulminantes á las notabilidades femeninas, mientras su *jockey* conduce el carruaje, y le hace volcar con la mayor gracia del mundo: ya en fin cabalga al lado de una elegante carretela, enviando por la ventanilla dulcisimas frases de amor envueltas entre el polvo que levanta el coche, ó entre el humo que despiden sus cigarros.

Hay cosas que un elegante no se permite nunca, y una de ellas es pasear por otro lado que por el que se llama *Paris*. Fuera verdaderamente un acontecimiento y una degradacion, que hasta los periódicos consignarian, que se olvidase de su decoro hasta el punto de *trasmilitar* de una manera tan escandalosa; fuera, en fin, tan grave como si entrase en el teatro antes de la mitad del primer acto á lo menos, ó por casualidad comiese algun dia á las cinco menos dos minutos. En esta escrupulosidad para cumplir las leyes de la elegancia, es en lo que consiste principalmente la reputacion del *fashionable*.

El *leon* consagra algunos momentos antes de tomar el cotidiano alimento de la tarde, á descansar en los blandos divanes del casino, ó á hojear tal cual periódico, que suele ser el *Diario de Avisos*, para enterarse de las funciones que hacen por la noche en los teatros. Escusado es decir que es sóbrio en sus comidas; porque ¿no se confundiria con un gañan ó con un hortera el que tuviese buen apetito? En seguida se digna aparecer en el coliseo; pero no se olvide que cuando la comedia ó la ópera estén comenzadas. Esto tiene un doble fin; primero, el de ostentar esa indiferencia que tan bien cuadra al Elegante; segundo, que le flechen hasta dos docenas de anteojos las que ocupan los palcos. Feliz él si al pasar oye:—«¡Qué buen mozo es Fernando!—¡Con qué gusto se viste!—¡Qué bien se pone la corbata!—¡Es un hombre modelo!—¡Es un modelo de hombre!»

Estas exclamaciones suelen alternar con otras de diferente género.—¡Caramba! que me ha hecho V. ver las estrellas, dice el militar á quien un furioso pison-ton viene á sacar de su éxtasis.—¡Diantre de pisaverde! murmura un viejo á quien derriba el sombrero al pasar.—¡Qué peste á almizcle! exclama una señora nerviosa tapándose las narices con el pañuelo.—¡Ay! ¡mis gafas!.. grita uno de esos médicos que las usan, sin duda para conocer mejor las enfermedades, al ver que se las lleva enganchadas entre los dientes de su cadena el Elegante.

Y entre tanto imponen silencio unos; se impacientan otros; ármase una especie de motin, y nuestro hombre impávido y triunfante arriba á su luneta habiendo conseguido su primordial objeto; el de llamar la atencion, el de *hacer efecto* en la sala. Pero aunque instalado en su asiento, no por eso cesan las tribulaciones de sus vecinos. El *dandy* es *dilletante* hasta la médula de sus huesos; generalmente no sabe una nota de música, pero delira por ella, y tararea con algunas inexactitudes, verdad es, todos los *spartitos* de Bellini y de Donizetti. Así, mientras la prima donna ejecuta la *Casta diva* de la *Norma*, ó la polaca de los *Puritanos*, el Elegante le hace el *duo*, con gran desplacer de los que se hallan inmediatos. Otras veces interrumpe á los artistas con estrepitosas exclamaciones, ya lanzando un ¡*bravo!* cuando todos callan, ya prorumpiendo en estas ó semejantes palabras:

— ¡Oh! ¡Giulia Grissi! ¡si tú estuvieras aquí!
— ¡Qué diferencia de Rubini!
— ¡Qué degollacion tan espantosa!
— ¡Oh Paris! ¡*mon Paris chéri!*

Porque es de notar que Paris es el gran recurso del *fashionable*: el que no ha estado en aquel emporio de la elegancia, no ha hecho sus pruebas para ser admitido en la clase. Además, á ese le faltan los grandes recursos de desdenar todo lo que no sea frances; de enternecerse con los recuerdos de por allá, con la memoria del *Boulevard* y del coliseo italiano, de las Tullerías y del sastre Ragneau, únicas cosas que de la inmensa capital suele conocer el *dandy*.

Dos ocupaciones gravísimas acostumbra tener tambien este en el teatro: aparentar fastidio ó indiferencia, ó dirigir visuales á diestro y á siniestro, ya enderezando sus miradas hácia un palco bajo, ya alzándolas no menos que hasta la tertulia. Antes lo dije: el Elegante es *coqueton* sobre todo. Y ¡cómo se huelga y se solaza cuando, dándole una palmadita en el hombro, le dice algun amigo:

— ¡Seductor! ¡Bribonazo! ¡que cuentas por docenas tus amadas!

Para justificar tan envidiable reputacion, desliza frases de serpiente por los oidos de las incautas é inocentes jóvenes, de esa raza que pronto será una tradicion en la sociedad actual. El *leon* debe contar siquiera siete amantes. ¿Qué menos? una para cada dia de la semana. Y por Dios que injustas son se quejan, pues él á todas las ama igualmente. Haciendo parte del número siete, ó fuera de él, que esto importa poco, ha de tener precisamente una *querida*, escogida entre la clase de las guanteras, modistas, etc., para enseñársela á sus amigos como un objeto mas de lujo, como un mueble precioso é indispensable. Con no menos frecuencia suele abandonarla tambien, y entónces siempre le queda á la muchacha el recurso de buscar otro mas constante, ó si la echa de sensible, sorberse una noche un pomo de veneno, ó dar un salto por la ventana. Aquí mi cualidad de verídico me obliga á decir en descargo de la conciencia del Elegante, que este último extremo pertenece á la categoría de los fenómenos.

Si el Elegante cuenta tres ó cuatro de esos lances escandalosos en que son victimas los maridos, para pavonearse en los salones con la aureola de Lovelace, ¡magnífico! Si dos mujeres se le disputan y arman un alboroto públicamente por él ¡sublime! Si despues de esto abandona á los dos rivales ¡merece que se le erijan estatuas!

¡Qué es verle en las reuniones, ó en las *soirées* y en los *raouts*, como él dice siempre, volar cual ligera mariposa, de flor en flor, buscando la mas bella y la mas lozana, soltando aqui una palabra dulce, allá una reconvenccion, mas lejos un elogio, allí una invectiva sangrienta ó un sarcasmo, que á veces sobra para descomponer unos amores de tres años! Por ejemplo, Julia tiene por amante á uno de esos hombres sin pretensiones, que llevan una levita hasta que se rompe y un sombrero hasta que se engrasa. Pues bien, el *fashionable* aprovecha un momento en que el candidato para marido se aleja, y dice á la hermosa con tono incisivo y punzante:

— ¿Quién es el sastre de Florencio? Decidle que me le envíe mañana, para hacerme un frac de pico de pato como el suyo.

El amor en las mujeres resiste á la ausencia (aunque esto sea casi fabuloso), sobrevive quizás á la muerte del objeto querido (á pesar de que raye en lo increíble), no se estingue sin duda con la miseria (en cuyo caso se llama heroicidad); pero muy raras veces es superior al ridículo. Así, Julia comienza á hallar grotesco á su amado desde aquel instante; se sonroja si alguno le mira, y acaba en fin por dejarle plantado, y por perder un casamiento ventajoso, quedándose probable-

mente soltera. ¡Y todo por la sátira de un elegante! ¡Véase si esta especie tiene poco influjo en la moderna civilización!

El *dandy* mide la importancia de las personas por el traje que llevan, y en su consecuencia les otorga ó no su amistad y su aprecio. Lo primero que hace con todo individuo que se le aproxima, es revisarle de los piés á la cabeza. ¡Desgraciado de él si su chaleco no es *á la dernière*, ó si lleva guante oscuro! ¡Infeliz si se permite presentarse sin botas de charol, ó con un *paletot* antiguo! entónces el pobre hombre recibe un gesto de desden, se le saluda friamente, y se le vuelve la espalda. Por el contrario, si es un *dandy* perfilado y pulcro, desde el momento se le alarga la mano, se le jura *devoement* y cariño eternos, y se le concede intimidad y confianza. Solo una escepcion puede haber en esta regla general; que el uno tenga *celos* del otro porque le aventaje en esbeltez, en invencion, ó en boato.

Mas llega un dia en que comienzan para el *dandy* los pesares y los disgustos; cuando el talle principia á encorvarse, cuando los dientes fluctúan entre las dos quijadas, cuando el cabello blanquea ó desaparece enteramente. Entónces las horas de tocador son un suplicio para él; entónces suspira amargamente al encajar en su boca los objetos que tan diestramente fabrican Rotondo y Monasterio, ó al usar ya el aceite de Boujican, ya los casquetes de Pelaez. Entónces es lector asiduo del *Diario* y del *Avisador* con el fin de ver dónde anuncian mejores cosméticos para desarrugar la tez ó poblar las calvas: entónces, por último, *fashionable* jubilado, nota al pasar las sonrisas burlonas de los jóvenes que no le admiten en su círculo: oye los sarcasmos de los viejos que tampoco le aceptan, y de quienes él no quiere ser aceptado, y sufre los desaires de las mujeres, que odian de corazón al individuo que cumple los cuarenta sin estar casado. Porque el verdadero Elegante ha de vivir y ha de morir soltero: algunos hay que se arrepienten, y suelen ser buenos esposos y excelentes padres; pero esto es la degeneracion, el envilecimiento de la especie.

Tanto como son alegres y placenteros los verdes años del *leon*, son tristes y amargos los postreros de su existencia. Ser indefinible, que ni es joven ni viejo, que vive sin presente y sin porvenir, que se alimenta con el recuerdo de sus glorias, es como esos monumentos de la edad media, que hoy queremos remedar ó recomponer, depojándoles de su belleza pasada y de su belleza actual. Lo mismo, pues, es el hombre que aquellas maravillas de los remotos siglos; cuando los años le roban su frescura y su esplendor, nada tan magestuoso, tan imponente como una blanca cabeza y una arrugada frente; ¡nada tan magífico ni tan poético como las ruinas de un templo antiguo ó de un palacio suntuoso, cuyas piedras va arrancando una á una la mano invisible y poderosa del tiempo!...

El último período de la vida del Elegante se refunde casi enteramente en la de otro tipo que no es solo español, sino universal: el solteron. Pasan para él los dias uno tras otro sin goces y sin esperanzas; hállase aislado de todos y de todo: aquellas canas que cuidadosamente tiñe, en vez de veneracion, inspiran desprecio. Entregado á manos mercenarias, no tiene quien se siente junto á su lecho y vele en sus noches de dolor; ni quien venga á derramar en su alma ese bálsamo dulcísimo del consuelo, que cierra las llagas del corazón, que fortifica las creencias, que aviva la fé, que hace renacer los sentimientos, que sostiene y prolonga la existencia. ¡Y luego el dia en que sus ojos se apagan para siempre, no hay nadie que le llore, nadie que le ame, nadie que grabe un recuerdo de cariño ni deposite una flor sobre su tumba abandonada!

¡Y todo por no obedecer esas leyes inmutables de la naturaleza, que á cada época de la vida asignan sus deberes y sus obligaciones; que á la juventud perdonan el aturdimiento, la veledad, la ligereza; que á la edad madura prescriben la sensatez y el juicio; que á la ancianidad imponen la dignidad y el decoro!

RAMON DE NAVARRETE.

EL HOSPEDADOR DE PROVINCIA.

¿QUIEN podrá imaginar que el hombre acomodado, que vive en una ciudad de provincia, ó en un pueblo de alguna consideracion, y que se complace en alojar y obsequiar en su casa á los transeuntes que le van recomendados, ó con quienes tiene relacion, es un tipo de la sociedad española, y un tipo que apenas ha padecido la mas ligera alteracion en el trastorno general que no ha dejado títere con cabeza? Pues sí, pio lector: ese benévolo personage que se ejercita en practicar la recomendable virtud de la hospitalidad, y á quien llamaremos el *Hospedador de Provincia* es una planta indígena de nuestro suelo, que se conserva inalterable, y que vamos á procurar describir con la ayuda de Dios.

Recomendable virtud hemos llamado á la hospitalidad, y recomendada la vemos en el catálogo de las obras de misericordia; siendo una de ellas dar posada al peregrino, y otra dar de comer al hambriento. Esto basta para que el que en ellas se ejercite cumpla con un deber de la humanidad y de la religion: y bajo este punto de vista no podemos menos de tributar los debidos elogios al Hospedador de Provincia. Pero ¡ay! que si á veces es un representante de la Providencia, es mas comunmente un cruel y atormentador verdugo del fatigado viajero, una calamidad del transeunte, un ente vitando para el caminante. Y lo que es yo pecador, que escribo estos renglones, quisiera cuando voy de viaje pasar antes la noche al raso ó

En un pastoril albergue
que la guerra entre unos robles
lo olvidó por escondido
ó lo perdonó por pobre,

que en la casa de un hacendado de lugar, de un caballero de provincia, ó de un antiguo empleado, que haya tenido bastante maña ó fortuna para perpetuarse en el rincón de una administracion de rentas ó de una contaduría subalterna.

Virtud cristiana y recomendada por el catecismo es la hospitalidad, pero virtud propia de los pueblos donde la civilizacion ha hecho escasos progresos. Así se vé que los países semi-salvajes son los mas hospitalarios del mundo; y se sabe que en la infancia de las sociedades, la hospitalidad era no solo una virtud eminente, sino un deber religioso, indeclinable, y de que nacian vinculos indisolubles, entre los individuos, entre las familias y entre los pueblos.

La hospitalidad de los españoles en los remotos siglos está consignada en las historias, es proverbial; y que no han perdido calidad tan eminente, y que la ejercitan, con las modificaciones, empero, que exigen los tiempos en que vivimos, es notorio, pues, que los que la practican merecen con justa razon ser considerados cual tipos peculiares de nuestra sociedad, como verá el lector benévolo que tenga la paciencia de concluir este artículo. Artículo que nos apresuramos á escribir porque pronto la facilidad de las comunicaciones, la rapidez de ellas, lo que crecen los medios de veriicarlas, y el aumento y comodidad que van tomando las posadas, paradores y fondas en todos los caminos de España, disminuirán notablemente el nú-

mero de los *Hospedadores de Provincia*, ó burlarán su vigilancia ó inutilizarán su bien intencionada índole; ó modificarán su cristiana y filantrópica propension, hasta el punto de confundirlos con la multitud que vé ya con indiferencia, por la fuerza de la costumbre, atravesar una y otra rápida aunque pesada y colosal diligencia por las calles de su pueblo; ó hacer alto un convoy de cuarenta galeras en el parador de la plaza de su lugar.

El tipo, pues, de que nos ocupamos es conocidísimo de todos mis lectores que hayan viajado, ya hace cuarenta años, en coche de colleras ó en silla de posta con compañero á partir gastos; ya ahora en diligencia, en galera ó á caballo agregados al arriero. Porque ¿cuál de ellos en uno ú otro pueblo del tránsito, no habrá encontrado uno de estos tales, que andan en acecho de viajeros, y en espera de cami-

nantes para obsequiarlos? ¿cuál de ellos, no habrá sido portador de una de esas cartas de recomendacion que como á nadie se niegan se le dan á todo el mundo? ¿Cuál de ellos, en fin, ó por su particular importancia, ó por sus relaciones en el pais que haya atravesado, no habrá tenido un obsequiador? Sí, el *Hospedador de Provincia* es conocido por todos los españoles, y por cuantos extranjeros han viajado en España.

Vá uno en diligencia á Sevilla, á despedir á un tío que se embarca para Filipinas, ó á Granada á comprar una accion de minas, ó á Valladolid, ó á Zaragoza á lo que le dá la gana, y tiene que hacer los forzosos altos y paradas para comer y reposar. Y hé aquí que apenas sale entumido de la góndola, y maldiciendo el calor ó el frio, el polvo ó el barro, y deseando llenar la panza de cualquier cosa, y tender la



El Hospedador de provincia.

raspa en cualquiera parte las tres ó cuatro horas que solo se conceden al preciso descanso, se presenta en la posada el *Hospedador* solícito, que al cruzar el coche conoció al viajero, ó que tuvo previo aviso de su llegada, ó porque el viajero mismo cometi6 la imprudencia de pronunciar su nombre al llegar al parador, ó porque hizo la sandez de hacer uso de la carta de recomendacion que le dieron para aquel pueblo.— Advertido, en fin, de un modo ó de otro, llega pues el *Hospedador*, hombre de mas de cuarenta años, padre de familia y persona bien acomodada en la provincia, preguntando al posadero por el señor D. F. que viene

de tal parte y vá á tal otra. El posadero pregunta al mayoral y este dá las señas que se le piden, y corre á avisar al viajero que un caballero amigo suyo desea verlo. Sale al corredor ó al patio, el cuitado viajero, despeluznado, súcio, hambriento, fatigado, con la barba enmarañada si es jóven y la deja crecida, ó con ella blanquecina y de una línea de larga si es maduro y se le afeitó; con la melena aborascada, si es que la tiene, ó con la calva al aire, si es que se le ocultó y escondió cartísticamente, ó con la peluca torcida si acaso con ella abriga su completa desnudez, y lleno de polvos si es verano, y de lodo si es invierno, y siempre

mústio, lagañoso é impresentable. Y se halla frente á frente con el *Hospedador* vestido de toda etiqueta con el frac que le hicieron en Madrid diez años atras, cuando fué á la jura, pero que se conserva con el mismo lustre con que lo sacó de la tienda, y con un chaleco de piqué que le hizo Chassereau cuando vino el duque de Angulema, y un cordon de avalorio al cuello, y alfiler de diamantes al pecho y guantes de nuditos; en fin, lo mas elegante y atildado que ha podido ponerse, formando un notable antítesis con el desaliño y negligente trage del viajero.

No se conocen, pero se abrazan, y en seguida el *Hospedador* agarra del brazo al viajero y le dice con imperioso tono: *venga Sr. D. fulano á honrrarme y á tomar posesion de su casa.* El viajero le da gracias cortesmente y le manifiesta que está rendido, que está impresentable, que no se detiene la diligencia mas que cuatro horas; pero el *Hospedador* no suelta presa, y despues de apurar todas las frases mas obligatorias, y de prohibir al posadero que dé á su huésped el mas mínimo auxilio, se lo lleva tropicando por las mal empedradas calles del lugar á su casa, donde ya reina la mayor agitacion preparando el recibimiento del obsequiado.

Salen á recibirlo al portal la señora y las señoritas, con los vestidos de seda que se hicieron tres años atras cuando fueron á la capital de la provincia á ver la procesion del Corpus, y la mamá con una linda cofia que de allí la trajo la última semana el cosario, y las niñas adornadas sus cabezas con las flores de mano que sirvieron en el ramillete de la última comida patriótica que dió la milicia del pueblo al señor gefe político. Y madre é hijas con su cadena de oro al cuello formando pabellones y arabescos en las gargantas y turgentes pecheras, llevando ademas las manos empedradas de sortijones de grueso calibre. Queda el pobre viajero corrido de verse tan desgachado y súcio entre damas tan atildadas, por mas que le retoza la risa en el cuerpo notando lo etereooculto de su atavio; y haciendo cortesías, y respondiendo con ellas á largos y pesados cumplimientos, lo conducen al estrado, y lo sientan en el sofá, cuando él deseara hacerlo á la mesa. Al verse mi hombre en tal sitio vuelve á pensar en su desaliño y desaseo, y trasuda, y pide que le dejen un momento para lavarse, y.... pero en vano: el obsequiador y su familia le dicen que está muy bien, que aquella es su casa, que los trate con franqueza, y otras frases de ene, que ni quitan el polvo, ni atusan el cabello, ni desahogan el cuerpo; pero que manifiestan que está mal, que aquella no es su casa, y que ni hay ni asomo de franqueza.

Entran varios amigos y parientes del obsequiador, el señor cura y otros allegados; nuevos cumplimientos, nuevas ofertas, nuevas angustias para el viajero. Llena la sala de gente, el *Hospedador* y su esposa desaparecen para activar las disposiciones del obsequio. Y mientras retumba el abrir y cerrar de antiguas arcas y alacenas, de donde se está sacando la vajilla, la plata tomada y la mantelería amarillenta, resuenan los pasos de mozos y criadas que cruzan desvanes y galerías, y se oyen disputas y controversias, y el fragor de un plato que se estrella, y de un vaso que se rompe, y el cacareo de las gallinas á quienes se retuerce á deshora el pescuezo; y se percibe el chirreo del aceite frito, perfumándose la casa toda con su penetrante aroma. Una de las niñas de casa se pone á tocar un piano. ¡Pero qué piano, ánimas benditas!... ¡qué piano! La fortuna es que mientras concierren sus cuerdas sin compás ni concierto una pieza de Rosini, que no la conociera la misma Colibrán, que sin duda no se le debe despintar ninguna de las de su marido, el señor cura está discurrendo sobre la política del mes anterior con el pobre caminante, que daría por haber ya engullido un par de

huevos frescos y por estar roncando sobre un colchon toda la política del universo.

Concluye la sonata, y un mozalvete, que es siempre el chistoso del pueblo, toma la guitarra y canta las caleseras, y luego hace la vieja, con general aplauso, y luego, para que se vea que tambien canta cosas serias y de mas miga, entona tras de un grave y medurado arpegio, la Atala, el Lindoro y otra pieza de su composicion. Y gracias á que saltaron la prima y la tercera, y á que no hay ni en la casa, ni en la del juez, ni en la del barbero, ni en la botica, ni en todo el pueblo, cuerdas de guitarra, aunque se le han encargado ya al arriero; que cesa la música súbitamente con gran sentimiento de todos, y pidiendo repetidos perdones al viajero, que está en sus glorias, creyendo que este incidente dará fin al sarao y apresurará la llegada de la cena. Pero está en el salon el hijo del maestro de escuela, que acaba de llegar de Madrid, y que representa maravillosamente imitando á Latorre, á Romea y á Guzman, y todos á una voz le piden un pasillo. El se escusa con que está ronco, con que se le han olvidado las relaciones, porque hace dias que no repasa sus comedias, y con que no está allí su hermana que es la que sale con él para figurar. Pero insisten los circunstantes. Y ya el cómico titubea anheloso de gloria. Y al verle poner una silla en medio del estrado, para que le sirva de dama, una de las señoritas de la casa, por mera complacencia, se presta á hacer el papel de la silla, y se pone de pié entre el general palmoteo. ¡Silencio! ¡silencio! gritan todos, los criados y criadas de la casa, y hasta los gañanes y mozos de la labor se agolpan solícitos á la puerta de la sala; las personas machuchas que rodean al obsequiado le dicen, sotto voce: ¡verá V. qué portento!!! Y el hijo del maestro de escuela con tono nasal y recalcado sale con una relacion del Zapatero y el Rey, estropeando versos y desfigurando palabras, y con tal manoteo y tan descompasados gritos que el auditorio, *nemine discrepante*, le proclama el Roscio, el Talma, el Maiquez de la provincia. Piden en altas voces otro paso, y el actor se descuelga con un trocito del Guzman, que tiene igual éxito. Y porque está ya ronco y sudando como un pollo, se contentan los concurrentes con que les dé por final algo de la Marcela. Concluida la representacion cree el obsequiado que cesará el obsequio, y en verdad que fuera razon. Pero como aun no está lista la cena, el obsequiador y su esposa, que ya han concluido el tomar disposiciones, y que ya han dejado sus últimas órdenes á la cocinera y al ama de llaves, vuelven al salon. Y empiezan á enredar en laberinto de palabras al huésped, contándole lo bueno que estaba el pueblo el año pasado, y lo mucho que se hubiera divertido entónces, porque habia un regimiento de guarnicion, con una oficialidad brillante. El soñoliento, hambriento y fatigado viajero, bosteza y responde con monosílabos, y pregunta de cuando en cuando.... ¿cenarémos pronto? y el patron le dice, al instante, y sigue contándole cómo se hicieron las últimas elecciones, los proyectos que tiene el actual alcalde de hermohear la villa y otras cosas del mismo interés para el viajero; cuando ve entrar al sobrino del señor cura, y en él un ángel que le ayude á divertir al obsequiado mientras llega la cena, que se ha atrasado porque el gato ha hecho no se qué fechoría allá en la cocina. Efectivamente, el sobrino del señor cura es poeta, improvisa, y en dándole pié se está diciendo décimas toda una noche. Entra en corro, las señoritas de la casa hacen el oficio de la fama patentizando al huésped su clase de habilidad. Todos le rodean, le empiezan á dar pié, y él arroja versos como llovidos. Ya no puede mas el cuitado viajero ¡qué desfallecimiento! ¡qué fatigas! ¡qué vahidos!... Cuando afortunadamente vuelve á la sala la señora, que salió un momento antes á dar la última mano al obsequio, y dice: *vamos á cenar si V. gusta,*

caballaro. ¡Santa palabra! grita la concurrencia, y todos se dirigen al comedor.

— ¡Espléndida, magnífica cena! veinte personas van á devorarla y hay ración para ciento. ¡Qué botellas tan cucas! de vidrio cuajado con guirnaidas de florecitas y letreros dorados que dicen *viva mi dueño, viva la amistad*. Una gran fuente redonda ostenta entre cabezas de ajos y abultadas cebollas veinte perdices desparradas y aliabiertas, cuál boca abajo, cuál panza arriba, cuál acostadita de lado, dando envidia al aburrido viajero. En otra gran fuente ovalada campean seis conejos descuartizados prolijamente; allá perfuman el ambiente con su vaho veinte y cuatro chorizos fritos; acullá exhalan el aroma del clavo y de la canela ochenta albondiguillas como bolas de villar; ¡qué de menestras! ¡Qué de ensaladas! Servicio estupendo, aunque muchas cosas están ahumadas, otras achicharradas, casi todo crudo por la prisa, y todo frío por el tiempo que se ha tardado en colocarlo en simetría grotesca.

Náuseas le dan al pobre viajero de ver ante sí tanta abundancia, y mas cuando todos le hostigan á que *coma sin cortedad porque no hay mas*, y cuando la señora y las niñas de casa le dan cada una con la punta del tenedor su correspondiente fincica. Y cuando el Hospedador le insta á repetir y comer con toda confianza, y se allige de lo poco que se sirve olvidando que

comer hasta matar el hambre es bueno,
y hasta matar el comedor es malo.

¿Mas quién encaja este axioma en la mollera de un *Hospedador de provincia* por mas que lo recomiende Quevedo?...

Los platos se suceden unos á otros como las olas al mar embravecido; al de las perdices, arrebatado por una robusta aldeana alta de pechos y ademan brioso, le substituye otro con un pavó á medio asar. Al de los conejos, levantado por los trémulos brazos arremangados de una viejezuela, otro con un jamon mas salado que una sevillana. Y ocupa el puesto de los chorizos la fruta de sarten, y el de las menestras mostillo, arrope, tortas, pasas, almendrucos, orejones, y fruta y calabazete, y leche, y cuajada, y natillas, y ¿qué sé yó? aquello es una inundación de golosinas, un alubion de manjares, que parece vá á añadir una capa mas á nuestro globo. Y ya circula un frasco cuadrado y capaz de media azumbre de mano en mano derramando vigorosísimo anisete. Y el cantor de la tertulia entona patrióticas y el poeta improvisa cada bomba que canta el misterio, y el declamador declama trozos del Pelayo, y la señora de la casa se asusta porque su marido el Hospedador trinca demasiado y luego padece de irritaciones, y las señoritas fingen alarmarse porque hay un chistoso que dice cada desvergüenza como el puño, y todo es gresca, broma, cordialidad y obsequio; cuando por la misericordia de Dios, la voz ronca del mayoral gritando en el patio *al coche, al coche, hemos perdido mas de una hora, no puedo esperar mas*, viene á sacar al viajero de aquel pandemium, donde á fuerza de obsequios lo tienen padeciendo penas tales, que en su cotejo parecerían dulces las de los precitos.

El amo de la casa aun defiende su presa en los últimos atrincheramientos, empieza por decirle con voz de cocodrilo que deje ir el coche, que en la góndola venidera proseguirá el viaje. Pero como halla una vigorosa repulsa, tiente al mayoral de todos los modos imaginables, con halagos, con vino, con aguardiente, con dinero en fin, y nada, el mayoral se mantiene firme contra tantas seducciones; y salva á su viajero, y lo saca de las manos del Hospedador, como el ángel de la Guarda salva y saca de las manos del encarnizado Luzbel á un alma contrita.

Cuanto dejamos dicho que acaece con el viajero de diligencia, ocurre con el de galera ó caballería, sin

mas diferencia que dilatarse algo mas el obsequio con una cama que compete con el cielo, y cuya colcha de damasco, que ruje y se escapa por todos lados como si estuviera viva, no deja dormir en toda la noche al paciente obsequiado.

Tambien tiene el obsequio de los *Hospedadores de provincia* sus gerarquias, y si es intolerable y una desgracia para un particular, es para un magistrado, intendente ó gefe político una verdadera desdicha; para un capitán general, diputado influente, ó senador parlante una calamidad; y para un ministro electo, que vuela á sentarse en la poltrona un martirio espantoso, un azote del cielo, una terrible muestra de las iras el Señor, un ensayo pasajero de las penas eternas del infierno.

Aconsejamos, pues, al viajero de bien, esto es al que solo anhela llegar al término de su viaje con la menor incomodidad posible, que evite las asechanzas de los *Hospedadores*, de sus espías y de sus auxiliares; y para lograrlo no fuera malo se proveyese de parches con que tapase un ojo, de narices de carton con que desfigurarse, ó de alguna peluca de distinto color del de su cabello que variase su fisonomía, ya que no está en uso caminar con antifaz ó antipara como en otro tiempo; y con tales apósitos debería disfrazarse y encubrirse á la entrada de los pueblos donde tuviese algun conocido. Usando de estas prudentes precauciones, amen de las ya sabidas y usadas por los prudentes viandantes de no decir su nombre en los mesones y posadas, y de no hacer uso, sino en casos fortuitos, de las cartas de recomendación.

Pero si los *Hospedadores de provincia* son vitandos, para los viajeros de bien pueden ser una cucaña, una abundante cosecha para los aventureros y caballeros de industria, que viajan castigando parientes y conocidos, como medio de comer á costa ajena, de remediarse unos dias, y de curarse de la terrible enfermedad conocida con la temible calificación de hambre crónica.

A unos y otros creemos haber hecho un importante servicio llamándoles la atención sobre esta planta indígena de nuestro suelo: á aquellos para que procuren evitar su contacto, á estos para que lo soliciten á toda costa.

EL DUQUE DE RIVAS.

EL CARTERO.

¿QUIEN fue en el mundo el primero,
Y de qué pueblo oriundo?
Pero yo pienso, y me fundo,
Que antes que hubiera un cartero
Ya hubo cartas por el mundo.

Por cierto es duda cruel,
Aunque por razones hartas
Que hoy me asaltan en tropel,
Creo que antes de las cartas
Debió inventarse el papel.

Y tambien tengo razones
Para publicar en suma,
Que antes que tinta, algodones
Y las letras y renglones,
Debió inventarse la pluma.

Mas volviendo á otra verdad,
¿Quién fue su autor verdadero?
La que inventó al mundo entero,
La horrible necesidad
Fue inventora del cartero.

Y si ofenden mis razones
De carteros al enjambre
Les daré satisfacciones,
Allá van; fuera alusiones;
La necesidad no es hambre.

Todas las artes ú oficios
Innovaciones ofrecen,
Cambian, ó desaparecen,
Mas los iguales servicios
De este arte, jamás perecen.

¡Arte dige! á los Carteros!...
¡Oh lector! no lo resistas!
Aunque hoy dia las modistas,
Los sastres, los zapateros,
Todos se llaman artistas.

Sin ventajas verdaderas,
Sin ascensos que mitiguen
Sus ambiciones *carteras*,
Los que estas carreras siguen
No toman malas carreras.



El Cartero.

Siempre falto de saliva
En su continuo trabajo,
Apenas el suelo liba,
Que el correr, aun cuesta abajo,
Se le hace muy cuesta arriba.

El Cartero y jugador
Aunque tan distintos fueren
De tal manera se quieren
Que ahogados por el sudor
Los dos entre cartas mueren.

Y lo mismo que el cajista,
Aunque el saber no le asista,
Tú sus árcanos penetras,
Y dices, «no seré artista
Pero soy hombre de letras.»

Con las mejoras sociales
Tambien ellos van conformes,
Que por sus cambios legales
Visten sin ser generales
Generalmente uniformes.

Y no crean se mancilla
Aunque no tengan blasones
El oropel con que brilla,
Que las armas de Castilla
Las llevan en los faldones.

Gasta sombrero, y no importa
Que con limpieza se porta
Aunque va hecho un Juan danzante,
Que es su casaca mas corta
Que la paga de un cesante.

Copiaré sus distintivos;
De oro los galones son,
Encarnados son los vivos,
Y van ostentando altivos
En cada vuelta un galon.

¿Quién duda de tu poder
Cuando en tu empleo tirano
Tanto mal puedes hacer?
¡De tí, que sueles tener
Nuestra fortuna en tu mano!

¡Y qué corazon ansioso
Cuando te ve no se alegra,
Y mas si gime amoroso,
Y sabe que su reposo
Lo traes en tu caja negra!

De ella ¡qué males no lanzas!
Tal vez al verla sucumba
Quien rie en juegos y chanzas
¡Porque tu caja es la tumba
De millares de esperanzas!

Todos ansian el verte,
Y en tu caja, confundida
Va con la vida la muerte,
Y en ella junta la suerte,
Dos extremos ¡muerte y vida!

Si con el llanto las fiestas
En ella enlazadas vemos,
No es extraño que pensemos
Siendo cosas tan opuestas
Que se junten los extremos.

Ni extraño, si juntos van
Extremos tan desiguales,
Que siempre en el mundo están
Y entrelazados irán
Desdichas, bienes y males.

Y aunque los males tambien
De tu mano recibamos,
Al verte nos alegramos,
Y es natural, porque el bien
Es lo que siempre esperamos.

¿Quién en el mundo diria
Que llevas en una caja
El placer y la agonía?
¡A los unos la alegría
Y á los otros la mortaja!

¡Cuál en ella se retrata
Nuestro bien ó mal profundo!
¡Allí la fortuna ingrata
Al mundo, dá vida ó mata,
Con otro callado mundo!

Sí, porque allí un mundo va,
Que allí hay dichas, ilusiones,
Y esperanzas, y pasiones;
Pero... es un mundo que está
Encajonado en renglones.

Y pues Jesus soberano
(Permite que te lo diga)
Lleva el mundo en una mano,
Eres cual él, que otro ufano
Llevas sobre la barriga.

Y por esta razon sola
Mi pobre razon alcanza
Sin calentarme la chola,
Que es mucha tu semejanza
Con el niño de la bola.

En los cuernos de la luna
Yo ví maridos eternos,
Y á tu llegada importuna
¡Los ví hundirse! ¡su fortuna
Solo les dejó los cuernos!

¡A cuántos que en su dolor
Maldicen su suerte impía
No truecas en su favor
Las lágrimas del dolor
En lágrimas de alegría!

A un italiano al cantar
Le llevas algun pesar;
Y por tí maldice el arte,
Pues se tiene que largar
Con la música á otra parte.

¡La música! dije bien,
¡Que en su destino tirano
Es el único sosten,
Y adonde va un italiano
Va la música tambien!

Es una máquina, un grillo,
Que siempre cantando está;
Solo pensando en hoy vá
Si es *artista* de organillo,
Y mañana, Dios dirá.

¡Quizá el *mañana* ha llegado
Y su dicha no se labra,
Que para este desdichado
Dios es hombre muy callado
Y no dirá una palabra!

Aunque no tengas, cartero,
Políticas opiniones,
Tú eres quien obra el primero
Tal vez en el mundo entero
Las grandes revoluciones.

Mas tambien sueles pecar
En faltas y no pequeñas,
¿Quién pudiera adivinar
El mal que puedes causar
Equivocando unas señas?

Don Alegato que adora
Las gracias de una beldad,
Cuando sueña en su señora
Sabe por casualidad
Que le fue á su amor traidora!

Y de este cambio ligero,
De esta peripecia atroz,
¿Quién fue el atroz mensajero?
Yo lo diré en alta voz,
¡Algun error del cartero!

La familia de un cesante
Que está de hambre medio muerta
Y ya gime agonizante
Tocando el último instante
De su sepulcro á la puerta,

Quando oye un dulce ¡tilin!
¡Han llamado! ¡abran ligero!
¡Letra!!... mas ¿quién lisonjero
Trae de sus ansias el fin?
¿Quién ha de ser? ¡el cartero!

Feliz vive un matrimonio;
Aunque son pocos felices,
Quando ella en su dulce insomnio
¡Zas! sabe... por el demonio
Del marido los deslices.

Y ¿quién el demonio fué
Que dijo mal caballero
Todo, de 'a letra al pie?
Sin rebozo lo diré,
¿Quién ha de ser? ¡el cartero!

Mas tambien la causa son
De que con dulces abrazos
Se haga santa alguna union;
Pues unen amantes lazos
¡Es de cura su mision!

Y tambien por sus locuras
Desunen los matrimonios;
Luego hacen mas que los curas.
¡Tú eres fuente de diabluras
Cartero de los demonios!

De asuntos malos y buenos
No siendo tuyos, te hartas,
Eres curioso, ó al menos
¿Por qué, dime, tomas cartas
Siempre en asuntos ajenos?

Y pues Jesus soberano
(Permite que te lo diga)
Lleva el mundo en una mano,
Tú eres cual él, que otro ufano
Llevas sobre la barriga.

Y por esta razon sola
Mi pobre razon alcanza
Sin calentarme la chola,
Que es mucha tu semejanza
Con el niño de la bola.

EDUARDO ASQUERINO.

EL ANTICUARIO.

«Señor; este animal no responde, ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo...»

(Palabras de maese Pedro hablando de su mono en la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, escrita por Cide Hamete Ben Engeli, historiador arabigo.)

PRETERITO, presente y futuro son las tres grandes épocas en que los gramáticos dividen los tiempos; y yo que ni de critico me precio, ni de destructor presumo, cuando encuentro bien las cosas ó cuando nada me vá ni me viene en ellas, respeto lo existente (con perdon sea dicho del Sr. Mendizabal nuestro contemporáneo). Disputáanse el porvenir clases numerosas y respetables de la sociedad: los políticos y las gitanas andan al morro sobre quién acertará.... á decir mas y mayores desaciertos: apuéstanselas entre sí los pretendientes y los judíos, aguardando estos el Mesías que vino y pasó, y aquellos el destino que no pasará porque no vendrá. El presente nos pertenece á los españoles que gozamos del hoy, sin que nos conturbe el mañana, si bien ni aun entre nosotros falta quien lo tema, como los albañiles cuando no están en el hospital, los ladrones mientras andan por sendas y vericuetos, los toreros en víspera de corrida, y los regentes constitucionales durante las minorías. El preterito es un tiempo desconsolador; muéstrase nos como un arrenal de infortunios de donde solo se levantan amargos recuerdos que emponzoñan la vida. Allí en lontananza cree el exclaustro distinguir la sala *De profundis* de su convento, y un poco mas adentro la sustanciosa olla y la rica chanfaina: las viejas su hermosura y sus amantes: el cesante las mesadas que cobró y se acabaron.... ¡Ay del que tiene que volver la vista á lo que fue! Sin embargo, no hay que alligirse, pues así como un predicador que logró entenercer á las viejas de su auditorio en una

plática de Semana Santa dijo luego para consolarlas: «No lloren: no lloren, que lo que acabo de decir hace mucho tiempo que pasó, y puede que sea mentira:» también estoy yo en el caso de poder asegurar que no todos los que miran atrás lo hacen por el raro capricho de aumentar sus males presentes comparándolos con sus bienes pretéritos. Y aquí viene como de molde que saque yo mi tipo á la espectación pública.

El *Anticuario* no pertenece á la época en que vive; y si admitieran parodia aquellas sublimes palabras *regnum meum non est de hoc mundo*, podría decir á su vez *vitam meam non est de hoc século*; y digo que *podría* expresarse así porque para ello era necesario que supiera latín, y esto sería empezar exigiéndole demasiado. Es, pues, el *Anticuario* una partícula heterogénea del cuerpo á que está adherido, un ser extraño á la sociedad en que vegeta; es lo que en un vaso de agua una gota de aceite que conserva su forma y su color sin confundirse ni mezclarse con lo que la circunda; su espíritu vaga en las regiones de lo antiguo; emanan sus ilusiones de lo pasado; nótrese de recuerdos; pulsa cual puede todos los trastes del diapason de los siglos; aseméjase á la ley *aquilina* en que tiene los ojos en el cogote, al cangrejo en que camina hácia atrás; es, en fin, el verdadero retrógrado de la época, y á estar en su mano, poco sería detener la marcha del mundo, hiciéralo retroceder á las edades que, hablando en términos eruditos ó de parte militar, se pierden en la noche de los tiempos ó en la escabrosidad del terreno. Como todos los *Anticuarios* se parecen entre sí tanto como las bellotas de una misma encina, para dar á conocer á la clase basta retratar un individuo; y yo me propongo hacerlo así, procurando que la exactitud del parecido sea tanta como si el retrato estuviera sacado al daguerreotipo.

El prójimo con quien vamos á habérmolas nació al mismo tiempo que la revolucion francesa, pues la naturaleza, sabia en todas sus creaciones, al levantar aquel terrible huracan, aquel recio torbellino que amagaba destruirlo todo y que hizo tiritar de miedo á cuanto existía, quiso descendiese al mundo un recolector de antiguallas, á fin de que si unos destruían las cosas el otro recogiera los pedazos. Figúratele á tu antojo, lector amigo, soltero, casado ó viudo. Si le supones soltero, será porque no encontró ninguna mujer que contase docientos abriles; si casado, porque creyó topar una que frisaba en ellos, y si viudo, porque la mató á pesadumbres en cuanto descubrió que no los tenía. Pero ya se conserve célibe, que es lo mas general, ya pertenezca á la cofradía de San Marcos, ya al gremio de los que matan á su consorte y quedan con el suficiente seso para no contraer segundas tupeas, es condicion precisa que no tenga prole. Un niño en casa de un *Anticuario* sería una aberracion espantosa, un insoportable anacronismo. Por razones análogas, y que el lector penetrará sin duda, prodiga sus limosnas, cuando es caritativo, para el cuartel de inválidos ó para el hospital de incurables; pero echa un nudo mas á su bolsillo cuando le piden para el hospicio ó para la inclusa.

Asimismo te doy permiso para que te lo representes como mejor te cuadre, alto ó bajo, flaco ú obeso, segun Dios ó la naturaleza lo hayan hecho; mas no transijo respecto á lo de bien conservado, porque el artículo de conservar las cosas de otro siglo lo entiende como *nadie* (otro diría: *mejor que todos*). Te consiento igualmente que, aunque no seas sastre, lo vistas como gustes, con tal que le cales sombrero en figura de sorbete y le pongas chaleco con honores de chupa, le cuelgues de los hombros levita con grado de gaban, de los tirantes pantalones de campana, y nada de trabillas, que ademas de ser

estas de invencion moderna para que él las use, aun dado caso que lo intentara habia de armarse estrepitoso escándalo entre las dos últimas prendas de vestuario sobre el derecho de llevarlas; y nuestro amigo no lo es de las guerras civiles ni de las discordias intestinas. Ya que le tienes vestido de pies á cabeza no te dejes guiar por las apariencias para tacharlo de falta de aseo, pues si alguna vez le encuentras cubierto de polvo como sobrestante de obras, consiste en que apenas tiene noticia de un derribo, allá se lanza entre los albañiles y los escombros, por ver si surge de entre estos alguna momia ó cosa que lo valga, y espónese muchas veces á perecer entre cascotes como los filisteos contemporáneos de Sanson; y si adviertes su calzado sucio y gredoso como el de un agrimensor práctico, culpa será de lo mucho que frecuenta los vertederos de estramuros en busca de preciosidades, por aquello de que donde menos se piensa salta la liebre.

Así como el distintivo de un pirroniano es dudar de todo, el de mi tipo es creer á punto cerrado, no solo lo que le dicen, sino cuanto inventa ó delira, y si la fé ha de salvar alguno, bien puede asegurarse que no ha de ser él quien vaya á ver la pata coja y el rabo largo de maese satánas. Su genial es calmoso como un *Omnibus*, y su lengua suelta y vivaz como un calesin en día de toros; su memoria, aunque no tan feliz como la de Orígenes que sabia desde la cruz á la fecha el Antiguo y Nuevo Testamento, como un chico el yo pecador, ni como la de Xérxes que conocia nominalmente á los dos millones de soldados que componian su ejército (*relata refero*), todavía es suficiente para retener los nombres de todos los monarcas, capitanes, poetas y artistas que verificaron su tránsito por el mundo hasta hace dos siglos.

Aunque aficionado á la antigüedad y aunque vive fuera de nuestra época, no por eso se crea que es intolerante. Nada de eso; oye y escucha con paciencia todas las opiniones que están conformes con las suyas; y al decir opiniones todos comprenderán que no hablo de las políticas, porque claro es que un *Anticuario* no puede tenerlas. Viviendo fuera de este siglo ¿qué le importa lo que en él sucede? Quédense en buenhora estos cuidados para los que se ocupan del hoy ó cuando mas del mañana. Los que así piensan, genios apocados que no aciertan á salir de un círculo estrecho y mezquino, cortos de vista que no pueden dirigir lejos sus miradas, aves torpes que no se atreven á levantar el vuelo para contemplar lo que hubo en edades remotas, no merecen otra cosa que compasion.

«La noble antigüedad solo es sublime.»

Y nuestro amigo lánzase en el intrincado laberinto de las cosas pasadas seguro, como él dice, de que no le faltará mientras viva,

ni papa que le escomulgue
ni rey que le mande ahorcar.

Como las etimologías están tan enlazadas con la antigüedad, el *Anticuario* ha de ser por precision aficionado á ellas; y el que aquí voy retratando ha consagrado ante todo sus afanes á buscar la de su nombre bautismal. Llámase Pandolfo; y despues de complicados cálculos y de sinuosos racionios, entre los que con frecuencia salia á relucir la caja de Pandora, solo por empezar con las mismas letras, no pudiendo avenirse con que brotara la raiz de su ascendencia de aquel calamitoso instrumento, acaba por deducir que *Pandolfo* es voz corrompida de *Pindolfo*, y que sus mayores fueron oriundos de una aldea, sita á la falda del *Pindo*, militando despues en las falanges de los *Gúelfos*. Por un método análogo procede en sus investigaciones, respecto á la fundacion de las ciudades, á sus pobladores, al sitio en que